

91.971

DISCURSOS Y POESÍAS

LEIDOS

EL DIA 25 DE MAYO DE 1881

EN EL PARANINFO

DE LA

Universidad Literaria de Salamanca

EN HONOR DEL INSIGNE POETA DRAMÁTICO

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

CON OCASION

DÉL SEGUNDO CENTENARIO

DE SU MUERTE.



SALAMANCA:

IMP. Y LIT. DE D. VICENTE OLIVA.
1881.

91.971

DISCURSOS Y POESÍAS

LEIDOS

EL DIA 25 DE MAYO DE 1881

EN EL PARANINFO

DE LA

Universidad Literaria de Salamanca

EN HONOR DEL INSIGNE POETA DRAMÁTICO

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

CON OCASION

DEL SEGUNDO CENTENARIO

DE SU MUERTE.

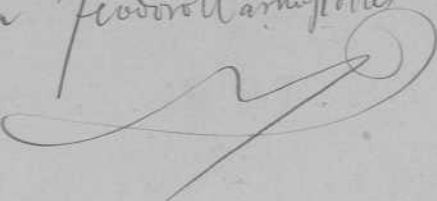


SALAMANCA:

IMP. Y LIT. DE D. VICENTE OLIVA.

1881.

Perseus a Feodor Martynov



DISCURSO

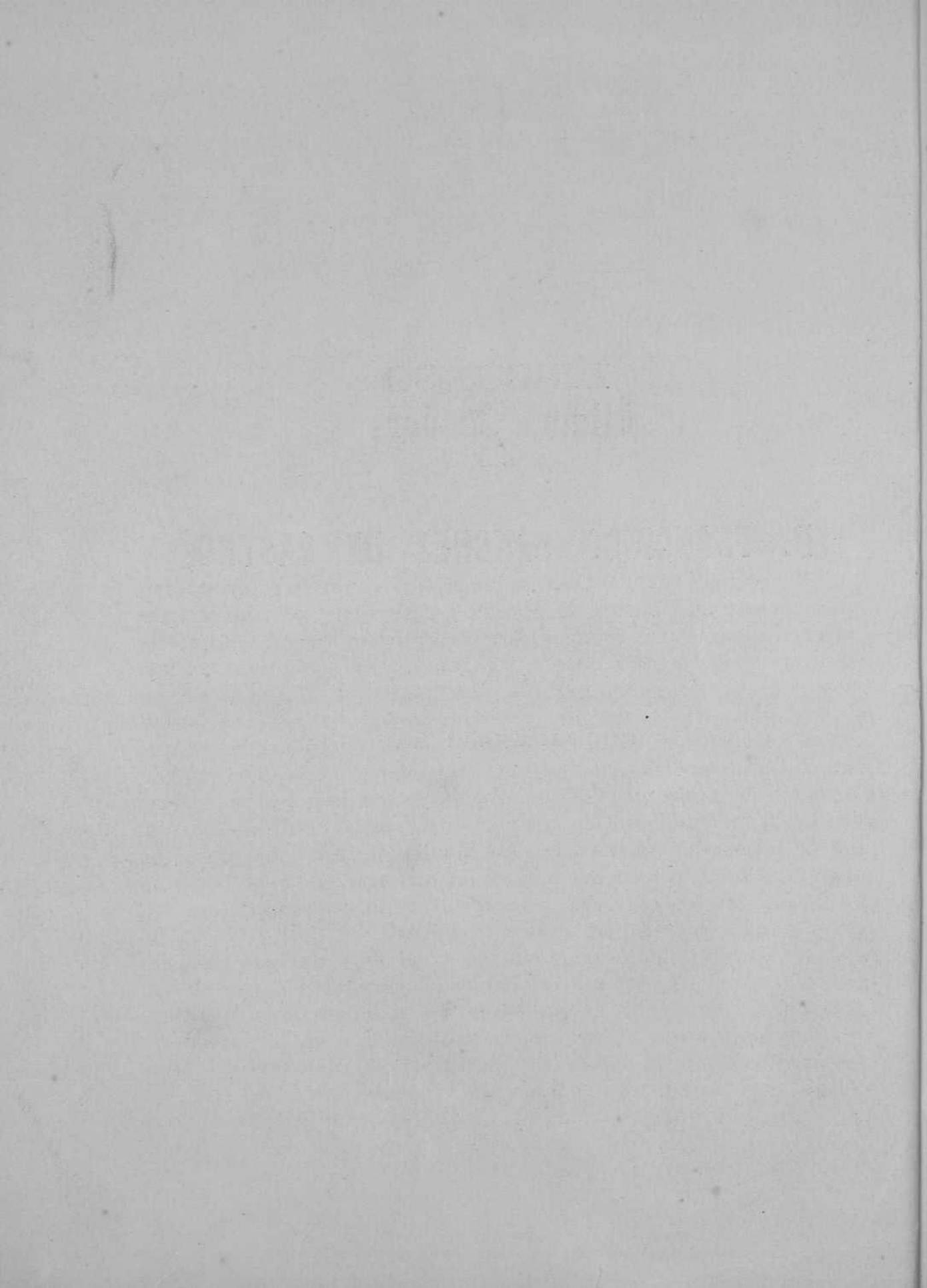
DE

D. FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO,

DOCTOR Y CATEDRÁTICO DE LITERATURA GENERAL

EN LA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.



Almo. Señor:

La primera vez que tengo la inmerecida honra de poder saludar fraternalmente al claustro de Maestros y Doctores de esta insigne Universidad, en cuyos estudios elementales fuí un tiempo desaprovechado discípulo, es con ocasion tan grande y en circunstancias tan solemnes, que, sin yo encarecerlo, veis lo apurado de la situacion en que me hallo. No es retórica conveniencia del discurso, es verdadera necesidad de mi alma, que sabreis apreciar debidamente, manifestaros, al propio tiempo que los sentimientos de la más cordial simpatía y de la más viva gratitud, el justo temor, la pena de que estoy poseido, al ver que no puedo cumplir, como sería vuestro deseo y el mio, la mision honrosísima que os habeis dignado confiarme, ni salir quizá del empeño á que me habeis arriesgado, ya que no con gloria, que esto nunca osára esperarlo, á lo ménos sin mengua del honor, como aspira siempre el buen caballero.

Cabalmente, al levantar mi voz en el seno de esta Escuela querida, en que yó y los míos recibimos las primeras luces del saber; en esta ciudad amadísimá en que moran dulces amigos de mi infancia, y en que mi corazón sintió los primeros halagos de la juventud; cuando pienso que tal vez llegan frescas todavía las auras del Tórmes, al sagrado lugar que guarda los venerados restos del que me dió el ser, y al hogar humilde que abrigó mi cuna; quisiera tener la

sabiduría y la elocuencia de aquellos exclarecidos Maestros que honraron estas aulas, para mostrarme digno del objeto que aquí nos reúne, digno de vosotros y del ilustre pueblo salmantino; y no verme obligado á hablar, como lo hago, solamente por obedeceros, cumpliendo mi oficio de modesto profesor de Literatura.

Si la ínclita Escuela de Salamanca deseaba, como era justo, asociarse á la alegría de todo un pueblo que celebra entusiasmado la memoria de uno de sus más preclaros hijos, pudo hacerlo segun lo exigian sus propios timbres y tradiciones seculares; y pagar el tributo de admiracion debido á un ingenio soberano, que se adocrinó con sus lecciones, ciñéndole la frente de laureles y palmas, ó á lo ménos consagrando al pié de sus estátuas corona formada de inmortales siemprevivas, y no de las pobres y efímeras flores que pueda producir el humilde y mal cultivado ingenio mio.

Por dicha, no á esto se limitarán vuestros obsequios al príncipe de la escena española: aquí, en este mismo lugar, resonarán en su loor voces elocuentes y autorizadas; y fuera de aquí, en el templo y en la plaza pública, en las aulas y coliseos, con la oracion, con el discurso, con la representacion, con el libro, mostrará el docto pueblo salmantino su amor y su veneracion á D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA, en este día en que toda España solemniza el segundo centenario de su tránsito á la vida de la eternidad.—Al coro universal de las alabanzas, ya puedo unir mi débil aplauso, aunque nadie le escuche: en este concento de voces, ya puede vibrar la mía, aunque se pierda confundida y oscurecida por las más poderosas; y entre tantas y tan valiosas coronas como se depositarán en la tumba del inmortal poeta, pondré una, si más modesta que todas, acaso tambien más que todas, ofrenda de amor ardiente y sincero, consagrada de lo íntimo del corazon.

En tal sentido, señores, permitidme que lo diga: nadie tributará á Calderon de la Barca homenaje como el de este su oscuro admirador.—Sin rendirle la adoracion que solo es debida al Padre de las luces y dador de todo bien; sin desconocer los defectos de sus obras, propios del tiempo en que vivió, le venero con veneracion que raya en culto; me atrae por su honradez sin mancha y su caballerosidad sin tacha; respeto en él al sacerdote ejemplar; le contemplo como representacion fiel de un pueblo todavía grande, unido por la misma fé; me asombra por su entendimiento encumbradísimo; me

cautiva como profundo teólogo y metafísico eminente; me admira por lo sublime de sus concepciones; me embelesa cuando es lírico; cuando es cómico me enamora; y en suma, le amo si considero al hombre candoroso, cristiano y humilde, y leo con encanto al poeta desde mis tiernos años, pudiendo decir—valiéndome de una frecuente comparación y de sus propias palabras—que

Girasol de su hermosura,
La luz de sus rayos sigo (1).

Cierto es, señores, que estos universales y solemnes homenajes se deben tributar ante todo, á los héroes de la virtud que con su ejemplo conducen á los hombres á la perfección moral. Así lo practicaron las edades cristianas, estableciendo fiestas verdaderamente populares, de que participaban, y cuyo alcance y sentido comprendía hasta el sencillo obrero y el rústico aldeano; lo que no sucede ni puede suceder, cuando se trata de honrar al genio de las letras ó de las artes. Pero aunque así sea, me congratulo con vosotros en las fiestas calderonianas, porque en nuestro gran dramático veo compendiadas las virtudes de nuestra raza; porque Calderon no deslustró con vicios innobles las nobilísimas prendas de su ingenio; y porque hasta á la humilde campesina ó al oscuro labriego que desconozcan sus escritos, todavía podemos decirles, dando razón de estos festejos: «Honramos la memoria de un buen español, de un valiente soldado, de un cristiano fervoroso, de un sacerdote venerable, de un amigo de los pobres, de un moralizador del pueblo.»

Por tan varios aspectos podemos considerar, efectivamente, la gran figura de Calderon, que os confieso, señores, que me veo perplejo, y no sé qué deciros. Si nó bastarían muchos y muy extensos discursos para presentar debidamente al gran poeta, ¿qué podré decir aquí, apremiado por el tiempo y por el deseo de no fatigar vuestra atención? Por fortuna, hablo á un auditorio doctísimo á quien no podría decir cosa alguna que él no sepa mejor que yó, y que no se ha congregado para aprender en mis pobres palabras; pidiéndome solamente que interprete con fidelidad sus sentimientos: y esto, si, espero

(1) *El Tetrarca de Jerusalem*, Jornada 1.^a

lograrlo, mediante vuestra benévola indulgencia: pero no esperéis vosotros otra cosa de mí.—Nó; no sería posible, ni al entendimiento mas profundo y generalizador, compendiar en los angustiosos límites de un discurso el juicio de las creaciones calderonianas; y es seguro que, leyendo los mejores trabajos escritos en su alabanza, siempre, en medio de vuestro justo aplauso á sus doctos autores, aunque por ventura os muestren bellezas que no habíais visto, os habreis sentido como defraudados por las muchas que, en cambio, dejan de presentar á vuestros ojos: y es, que un ramillete, aun formado por el mas hábil jardinero, no puede dar idea de las hermosuras de un frondoso jardin. ¿Qué sucederá, pues, si le hacen manos torpes y desmañadas? ¿Qué os diré yó de Calderon, cuando no os contentaríais hoy con que procurase presentarle en uno de sus aspectos; como poeta cómico, ó trágico, ó filosófico, ó religioso, ó teológico; como pintor de costumbres; como representacion de un pueblo; como el autor de las altas concepciones; y quereis mejor, de seguro, que recordemos aquí algo de todo esto?—Recordad, si, señores, vosotros, las dulces emociones que habeis sentido leyendo á Calderon: yo no puedo hacer sinó evocarlas; porque, ya lo sabeis: allí está toda la vida con sus luchas, con sus amores, con sus esperanzas; allí está la eternidad con sus misterios; allí se vé á Dios con sus inefables misericordias. Comedias, Dramas y Autos muestran en conjunto, en compendio maravilloso, las penas y alegrías humanas y las grandezas divinas. Lances sorprendentes, discreteos amorosos, chistes inimitables, lecciones profundísimas; rendidos galanes, damas apasionadas, víctimas inocentes, verdugos criminales, mártires triunfadores, virtudes glorificadas, alegrías celestiales, cantares angélicos, coros de serafines, todo esto se vé, se oye y se siente, palpitante de vida, en las admirables creaciones del poeta inmortal.

Mucho, ya lo sabeis, mucho se ha escrito acerca de Calderon en España y fuera de España; pero todavía no tenemos un estudio completo de sus obras, ni se han encontrado todas las que escribió, ni están impresas todas las que se conservan, ni los más diligentes investigadores han logrado hacer la biografía completa del gran dramático; suerte comun á muchos de nuestros hombres ilustres.—Calderon, sabemos que nació en Madrid, en 1600, de noble estirpe

montañesa; que hizo sus primeros estudios en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, á la cual pagó agradecido escribiendo luego la apología de sus virtudes en la comedia *El gran príncipe de Fez*; que despues continuó estudiando en esta gloriosa Universidad, maestra de tantos varones eminentes; y que soldado más tarde en Flandes y en Italia, fué sacerdote los últimos treinta años de su vida.—Honrado por los grandes, amado del pueblo, favorecido por dos monarcas, ni le ensoberbeció el aplauso, ni le desvanecieron los laureles. Jamás se atrevió la maledicencia á su limpia fama; y si jóven y soldado, con la espada al cinto, intervino en alguna contienda, segun nos cuenta Pellicer, sin decirnos la ocasion, nunca dió su nombre pábulo á la murmuracion ni á la diatriba: cristiano y caballero, ni en la mocedad, ni con sus escritos, desmintió su noble carácter: y aunque las costumbres de la córte en su tiempo más tenían de licenciosas que de recatadas, no se sabe que jamás tuviese amores, ni ménos livianos galanteos, y en su estado sacerdotal fué dechado de todas las virtudes. Así, empezando á escribir á los 13 años de edad, con el *Carro del Cielo*, y escribiendo tambien todavía á los 80, obras de tanta frescura y sávia poética como *Hado y divisa*, llenó casi todo el siglo XVII, del cual es viva representacion, con su triple aspecto de soldado, sacerdote y poeta; y dejando sus bienes á la Congregacion y hospital de presbíteros naturales de Madrid, y mandando que se llevase descubierto su cadáver al cementerio, para que los que le habian aplaudido vieses en qué paran las humanas grandezas, murió cristianamente, como había vivido, en Mayo de 1681, con duelo universal del pueblo que había retratado en sus encantadoras producciones.

Calderon fué el ídolo de sus contemporáneos, de cuyo sentimiento, al morir el poeta, fueron principales intérpretes, Vera Tassis,^X su íntimo amigo, y D. Gaspar Agustin de Lara. Madrid y España entera, Nápoles, Roma, Milan y Lisboa, lloraron como una gran desdicha la pérdida de aquel hombre extraordinario, que habia sustentado durante medio siglo el no disputado cetro de la escena española, y á quien pagaron tributo los escritores extranjeros, especialmente los franceses, inspirándose para sus obras en las creaciones de nuestro poeta (1).

(1) Pablo Scarron en su comedia *Le gardien de soi-meme*; Corneille (Pedro) en *Heracle*; y Corneille (Tomás) en *Les illustres enemis*, *Le feut astrologue*, *Le galant doublé* y otras; Dou-

Después, en el siglo XVIII, siglo de verdadera y universal decadencia, el nombre de Calderon fué entregado al desprecio por la crítica superficial y fanática de los galo-clásicos, que, enamorados de la regularidad de la forma, no supieron juzgar á nuestro teatro, ni menos á Calderon, á quien llegaron á tildar de bárbaro y disparatado, como Voltaire llamaba ébrio y salvaje á Shakspeare, y como fué llamada bárbara y grosera la gran arquitectura ojival. Edad menguada aquella, falta de ideales y de horizontes, miope y escéptica, incapaz de comprender las grandezas del espiritualismo cristiano. Apoyado en la autoridad del estagirita, y entendiendo á su gusto la *mimesis* aristotélica, los galo-clásicos decían que el arte consiste en la imitación de los modelos; como si hubiera modelos que agotaran toda la perfección, y contuviesen todas las formas posibles de la belleza; y como si el arte dramático, muy especialmente, no tuviera por naturaleza diferentes condiciones y exigencias, según los tiempos y lugares y el carácter de la civilización.—Pero tanto imperaron las doctrinas transpirenáticas, que apenas hubo quien, como Estala, defendiese á lo ménos las comedias de capa y espada de Calderon, de las que también supo hacer aprecio Luzan, legislador entre nosotros de la escuela clásica, pero no tan fanático y más discreto que sus secuaces.

Mas ni Luzan, ni mucho menos Nasarre, Montiano y Luyando, y Moratin, tuvieron alteza de vista para seguir el remontado vuelo de aquel águila; ninguno tenía el corazón cristiano que hace falta para comprender y sentir á Calderon; ninguno supo elevarse para ver la grandeza de sus concepciones: y atendiendo solo á los defectos del sistema dramático, y á los lunares del estilo, creyeron que el nombre de Calderon debía ser borrado del libro de la vida; cuando muchas de sus mas imperfectas obras tienen más vida, más vigor y más bellezas que la mejor de sus detractores; quedando el mismo Moratin, el más docto de todos ellos, como un pígmico al lado del inmortal autor de *La Vida es Sueño* y del *Alcalde de Zalamea*: así como vale más una frase de *Hamlet* ó un grito de *Otelo*, que todas las tragédias de Vol-

ville en *L'esprit follet* y en *Jodelet astrologue*; Lambert en *Les Sœurs jalouses* y *La Magie-saus magie*; Quinault en *Les coups de l'amour et de la fortune*; Bois-Robert, Brosse, Haute-roche, y otros, imitaron ó tradujeron á Calderon en Francia: en (Alemania) Carlos Gozzi, *Italia* Angelo D'Orsi y algunos más: y desde el siglo pasado, sabido es lo mucho que en todas partes se estudia á nuestro poeta.

taire, que insensatamente zahería, por falta de entendimiento para comprenderle, al gran trágico de Inglaterra (1).

La vindicacion vino de Alemania. Allí, ya en el mismo siglo XVIII, un escritor importante, apenas citado sobre el particular, cuando tanto se habla de lo que despues escribió Victor Hugo en el mismo sentido que él; Lessing, dijo, en su *Dramatúrgia*, acusando á los franceses de no haber comprendido á Aristóteles, atacó el teatro francés; y aunque respetando á los poetas griegos, presentó á Shakspeare como el modelo del arte dramático, condenando la tragedia clásica por fria y monótona, y defendiendo el sistema dramático moderno con razones semejantes á las que empleó Diderot en sus *diálogos sobre el teatro*, y más tarde Victor Hugo en el famoso prólogo de su *Cromwell*: allí, en Alemania, donde dos grandes poetas, Gæthe y Schiller, se apartaron del elasicismo, para seguir el sistema dramático de Calderon y Shakspeare, resonaron las primeras voces enérgicas y poderosas en defensa de nuestro insigne dramaturgo, correspondiendo esta gloria á los ilustres hermanos Federico y Guillermo Schlegel, especialmente al último, que, en su *Historia de la Literatura dramática*, pone á Calderon por encima de todos los poetas, escribiendo en su alabanza pocas, pero brillantísimas páginas, que han sido llamadas con justicia la Apoteosis de Calderon: allí tambien, en 1727-30 publicaba en Leipsiz Jorge Keil, bajo los auspicios del gran duque de Sajonia-Weimar, la mejor edicion castellana que aún hoy existe de sus comedias; al propio tiempo que eran traducidas y representadas en las ciudades alemanas las obras de nuestro poeta, entre ellas el *Mágico Prodigioso*, que arreglado por Inmerman, y representado con gran pompa y aparato, excitaba durante vários dias el entusiasmo de los habitantes de Duseldorf; sin que haya parado este movimiento en favor del príncipe de nuestra escena, analizado hasta el último pormenor de su teatro por Schmidt, y estudiado y juzgado con imparcial benevolencia, si no siempre con igual acierto, por el doctísimo baron de Schack, que, como los hermanos Schlegel, ha traducido tambien várias obras del gran poeta.

(1) Voltaire habia gustado primero las bellezas de Shakspeare y le hizo conocer en Francia; pero cuando vió que se le admiraba y aplaudia, se arrepintió de haber colocado *al mónstruo sobre el altar*.

Ticknor, Jhilarète-Charles, Viel Castel, Damas-Hinard y otros, entre los extranjeros; y en España García Suelto, Lista, Gil y Zárate, Mesonero Romanos, Hartzenbusch, y más recientemente Escosura, Ayala, Canalejas y otros distinguidos escritores, han estudiado á Calderon, refundiendo, anotando ó juzgando sus obras, que son otra vez aplaudidas por el pueblo en el teatro, donde nunca decayeron completamente. Y de los estudios de tan diversos autores, desde los que consideran á Calderon como un ingenio sobrehumano, hasta los que le han despreciado y escarnecido, podría sacarse quizá el verdadero juicio de nuestro poeta, examinando bien lo que unos y otros dicen, porque en todos hay algo que tomar en cuenta.

Los entusiastas encomiadores de Calderon ven las grandezas que tiene realmente, y las admiran en conjunto, como un precioso paisaje en perspectiva, sin fijarse en lo árido ó en lo desierto; y sus más ciegos detractores le achacaron defectos que realmente tiene tambien. Pero es que al contrario que los otros que miran alto, no sabian colocarse en buen punto de vista para contemplarle, ni tenian corazon para sentir sus bellezas. Hallaban á su paso un vergel hermosísimo, y se internaban ciegamente en él, y se perdian en un laberinto y en un pedregal, y veian aridez ó espinas, rocas abruptas ó árboles estériles; pero de todo esto hay en los vergeles valencianos y en los campos de Andalucía, sin que por eso dejen de ser más bellos que los más cuidados y artísticos jardines: mas para gozar de su hermosura, hay que sentir el campo y tener sana la vista; hay que verlos en su incomparable magnificencia, gozando de sus espléndidas perspectivas, bajo su cielo diáfano y radiante, con sus arboledas llenas de pompa y lozanía, sintiendo el dulce halago de sus auras cargadas de aromas, al rumor de sus frescas y sonoras corrientes, y oyendo la enamorada voz de sus pájaros.

Mirado Calderon con el ánimo sereno y libre de prevenciones exclusivistas de escuela, considerándole dentro de su pátria y de su tiempo, no puede negársele el dictado de maestro de los poetas cristianos, sin otro rival que Dante, ni el de príncipe de la escena española en que impera sin rival.

Juzgo, ante todo, necesario hacer una observacion, que considero importante. En mi humilde opinion, no hay en los pueblos modernos literatura verdaderamente nacional, ni, aparte de la eclesiástica, hay una literatura cristiana; como la hay clásica ó greco-latina.—El

coloso de la antigüedad proyectó su sombra del lado acá de la Cruz, y no hay verdadera solución de continuidad entre el imperio romano y las naciones cristianas: así es que en la descomposición del mundo antiguo y en la confusión de las razas bárbaras con los vencidos; cuando todo era informe y caótico, los hombres de letras aprendían ya en los modelos clásicos, cuyo espíritu se infiltraba poco á poco en todas las formas del arte. Sin eso, hubieran quizá tardado más los pueblos cristianos en tener una gran literatura; pero la hubieran tenido con fisonomía propia, con verdadero carácter, y más alta y grandiosa que la clásica. Nada hay en Píndaro ni en Horacio comparable á la enérgica y sublime concisión del *Dies iræ* ó del *Stabat*, en que, debajo de la rudeza de la forma, se vé palpar el vigoroso espiritualismo de la Edad Media.—Pero estando las lenguas nuevas sin formar y las sociedades sin asiento, en perpétuos trastornos y mudanzas, nada tampoco, por regla general, podía producir el arte que compitiese con la perfección greco-latina; bien que la *Summa*, la *Divina Comedia* y las catedrales están ahí para atestiguar una pujante y hermosísima civilización.—Los literatos y poetas, sin embargo, seguían á Horacio ó á Virgilio: la literatura provenzal, que tanto influyó en todo el mediodía de Europa, nacía informada del espíritu pagano, nunca extinguido en aquellas comarcas; las influencias clásicas se sentían en los primeros pasos de la historia y de la épica de todos los pueblos; pagana era la inspiración de Boccaccio y de Petrarca, y más tarde Camoens, Tasso y Milton, los grandes épicos cristianos, escribían bajo la influencia greco-latina; á la sombra de los clásicos se desarrollaba el drama en Italia, en Francia, en Holanda, en casi toda Europa; y á pesar de los grandes elementos que daban el cristianismo y el culto católico para todo, no se puede decir de ninguna literatura, de ningún género literario: «esto es verdaderamente nacional: esto es genuina y totalmente cristiano.»

Y aquí, en España, donde tan hermosos principios tiene el arte en el poema del Cid; aquí donde empieza á balbucir divinamente una lengua con las Cántigas del Rey Sábio; cunde el contagio, y se pierde y confunde la inspiración nacional, bajo las influencias extrañas. La provenzal y la clásica, sobre todo, fueron en este sentido funestísimas, sin que trate de negar lo mucho que les debemos en otros conceptos; pero si quereis encontrar en todo el siglo XV una poesía que tenga vida y colorido, no la busqueis en los afectados trovadores clásico-pro-

venzales, que no saben cantar mas que fingidos amores y falsos desdenes: teneis que contemplar el dolor verdadero de un hijo que llora la muerte de su padre; y despues de Jorge Manrique, llegareis quizá hasta Fray Luis de Leon y Herrera, sin escuchar poderosos acentos nacionales y cristianos; y en el mismo Herrera, los oireis raras veces; porque al lado de las magnificencias bíblicas de la cancion á la victória de Lepanto, os ofrecerá las frias y artificiosas rimas á Eliodora, y las paganas y vacías endechas á D. Juan de Austria.

Por fortuna, dos cosas se libraron, al fin, de la comun plaga, á pesar de los eruditos, y gracias á la enérgica vitalidad y al espíritu cristiano y español de nuestro pueblo: el romancero y el teatro, que son, precisamente, las más bellas y ricas manifestaciones de nuestra literatura.

No consiguió el teatro este resultado sin lucha y sin elaboracion larga y dificultosa. Es el drama la forma más compleja del arte, como que es la vida humana en accion, y no aparece sinó en estados sociales relativamente perfectos y en civilizaciones adelantadas. En Grecia habia nacido en las fiestas de Baco, y en la Edad moderna nació del sentimiento religioso, como todos los principios de civilizacion y de vida, y tuvo su cuna al pié de los altares. La Iglesia católica, que recogia y propagaba los restos del saber antiguo, bendecia las empresas militares, dulcificaba la rudeza de las costumbres bárbaras, consagraba las monarquías, informaba las repúblicas y santificaba las libertades de los pueblos, impulsaba tambien todas las obras literarias y empleaba la representacion dramática como medio de dar enseñanza á los fieles y esplendor al culto. Y estas representaciones ó *misterios*, deben ser muy antiguos; porque aunque en España el primero que se conoce es el de los *Reyes Magos*,—descubierto por el Sr. Amador de los Rios en la biblioteca de la catedral de Toledo—que parece de fines del siglo XII ó principios del XIII; no puede inferirse de aquí que no los hubiera con anterioridad, como existia ignorado el recientemente descubierto, y como los hubo en Francia. *Les vierges folles* del siglo XI, y algunos documentos, entre ellos el código *Consueta* de la catedral de Gerona, del siglo XIV, califican *costumbre muy antigua*, ciertas representaciones religiosas; siendo, por lo demás, claro que en el siglo XIII la costumbre debia estar generalizada, por cuanto las *Partidas* mencionan como cosa corriente las representaciones que se hacían en Navidad, Epifanía y Pascua de Resurreccion.

Pero al lado de los *misterios* ó representaciones litúrgicas; á la vez que el drama sagrado, iban desarrollándose lentamente gérmenes dramáticos profanos, de más ó ménos buena ley, que andando el tiempo habian de contribuir á la formacion de nuestro teatro. Así como en las poesías, no ya del *trovador* provenzal, sino tambien en las del *burdo* celta y del *escalda* escandinavo, y hasta en las del *runcia* filandés, hay diálogos, que alguna vez se recitarían en forma de representacion,—y en los filandeses esto parece general,—los recitados de los *juglares* españoles en ferias, bodas y fiestas palaciegas, tendrían seguramente forma dramática en ocasiones; y me inclino á creer tambien que aquellos pobres comediantes que iban por los pueblos más tarde, representando pasos de comedia, y de que nos habla Agustín de Rojas, aplicándoles entre toda aquella jerga de nombres, los de *bululu* y *ñaque*, no son otra cosa que el antiguo juglar decaído.

Aparte de esto, es indudable que las representaciones del paganismo nunca desaparecieron del todo, y que contra ellas fulmina sus rayos la inflamada elocuencia de los Padres de la Iglesia: y en España, el concilio iliberitano habla de pantomimos y de cómicos, y en el siglo VII se dice que Sisebuto depuso á un Prelado de Barcelona, por haber consentido que los farsantes representasen cosas gentílicas. Por las *Partidas* sabemos tambien que en las representaciones religiosas se cometian abusos, que el código del Rey Sábio llama *villanías é desaposturas*, al par que menciona otras representaciones que se hacian fuera del templo, llamadas *juegos de escarnio*; consignando por último la *Crónica de Yranzo*, de mediados del siglo XV, que fuera del templo se hacian ya representaciones con rico y vistoso aparato.

No conocemos estas obras escénicas, que no debieron ser muchas ni muy importantes; y aparte de algunas composiciones de esa época, que tienen carácter dramático, como las coplas de *Mingo Reculgo* y más todavía *El Diálogo entre el amor y un viejo*, y *La Celestina*, el que echó el primer cimiento del drama profano, fué un salmantino, cuyo nombre estáis pronunciando; *Juan de la Encina*, á quien más de un siglo despues, en plena gloria de Lope de Vega, tributaba el debido elogio Agustín de Rojas, diciendo en su loa sobre la comedia:

Juan de la Encina el primero,
Aquel insigne poeta

Que tanto bien empezó,
De quien tenemos tres eglogas
Que él mismo representó.....
Y estas fueron las primeras.

Aquí empieza el teatro español, el teatro nacional; y empieza cabalmente, cuando el Renacimiento clásico adquiría en nuestra patria incomparable desarrollo; cuando los eruditos despreciaban la lengua patria; cuando el pueblo se saciaba de libros de caballería, quizá porque los doctos, embebidos en el clasicismo, no le daban una literatura nacional de su gusto; y cuando empezaban á inundarlo todo las novelas pastorales, llenas de clasicismo pagano. ¿Qué mucho que fuese lenta y laboriosa la formación de nuestro teatro, luchando así la tendencia popular con la religiosa y la clásica?

No está debidamente estudiado este punto, y doctísimos profesores niegan que hubiera tales tendencias. Pero el hecho me parece claro. Así como ántes de Juan de la Encina se ven ya elementos dramáticos profanos, que luego desarrollan con él, Lucas Fernandez, Gil Vicente, Torres Naharro, Juan de París, Castillejo, y sobre todo Lope de Rueda, y otros muchos que escribieron ántes y después de éste, en muchos de esos mismos autores se ven tendencias religiosas. Autos religiosos escribieron los citados Encina, Lucas Fernandez y Gil Vicente; con autos se celebró en Sevilla en 1526 el casamiento de Carlos V con D.^a Isabel de Portugal, y el bautismo de Felipe II en Valladolid en 1527; autos religiosos escriben Sebastian de Horozco y Aparicio; de autos habla el Concilio de Toledo de 1565-66; asuntos bíblicos trataron Miguel de Carbajal, Luis de Miranda y Tanco de Fregenal; de carácter religioso son *Las Cortes de la muerte* de Carbajal y Hurtado, y el citado Rojas dice, reseñando los principios del teatro

Llegó el tiempo en que se usaron
Las comedias de apariencias,
De Santos y de tramoyas;
Y entre estas farsas de guerras
Hizo Pedro Diaz entonces
La del *Rosario*, y fué buena;
San Antonio, Alonso Díaz,
Y, en fin, no quedó poeta

En Sevilla, que no hiciese
A algun Santo su comedia.

En cuanto á la tendencia clásica, ¿cómo no había de marcarse en la época del apogeo del Renacimiento, aquí, donde ya el gran Prudencio, y mas tarde el Silense, escriben bajo la influencia de los clásicos? Y hablando solamente del teatro, su mismo fundador Juan de la Encina, parafraseó las églogas virgilianas; Villalobos, Perez de Oliva, Boscañ, el anónimo de Amberes y Simon Abril, traducían ó refundían, aunque no se representáran, obras de Plauto y de Terencio, y de Aristófanes, Sófocles y Eurípides: el mismo Timoneda traducía los *Menecmos*, y con esta obra del poeta latino, traducida tambien por el de Amberes, eran ya conocidas ántes de Lope de Vega, *Pluto*, *Medea*, *Electra*, *Hecuba*, *Anfitron*, *Miles gloriosus*, y todo el teatro de Terencio; con tendencias clásicas escribía Virues *La Elisa Dido*, Artieda sus *Amantes*, Bermudez sus *Nises*, Argensola su *Isabela* y su *Alejandra*, y Malara sus tragedias, que no han llegado á nosotros: el mismo Cueva, que siguió la tendencia popular y que la defendió—hacia falta—en su *Ejemplar Poético*, escribió sobre algun asunto pagano, como el *Scevola*, y hace intervenir á Vénus y á Diana en su *Infamador*; y como si esto no bastara, Zapata traducía la poética de Horacio, Perez de Castro la de Aristóteles, y el Pinciano escribía la suya, calcada sobre estos modelos.

Así se explica tal vez—aparte de las pobres condiciones de la escena, del desprecio en que estaba el oficio de cómico y de otras concausas—así se explica que no adelantára más el teatro en todo un siglo; y que fuera de la *Josefina* y la *Comedia Pródiga*, que, en mi sentir son de lo mejor ó lo mejor de aquella época, no ofrezca siquiera, por la inseguridad y confusion de las tendencias en los autores, obras como la *Himenea* de Naharro, y los pasos y coloquios y la *Comedia de los Engaños* de Lope de Rueda, que preludian nuestras famosas comedias de capa y espada. Pero el impulso estaba dado; y Bermudez, con sus poco afortunadas *Nises*, en que hay, sin embargo, algo bueno; Timoneda, con sus sencillísimos pasos y desatinadísimas comedias; Juan de la Cueva, con sus confusos y enrebesados argumentos; Virues, con sus tragedias disparatadas, en general; el mismo Cervantes, con sus primeros y poco felices ensayos dramáticos; todos estos y

muchísimos más (1) iban aportando materiales, bien que desordenados, para el gran edificio, produciendo mucho, pero inseguro, confuso, informe, caótico, hasta que apareció aquel portentoso que se llamó Lope de Vega, encarnación del genio español, y pronunció el poderoso *fiat*; haciendo surgir, lleno de animación y de vida el gran teatro nacional, que Calderon embelleció y sublimó después con incomparables magnificencias.

El teatro de Calderon, como todo el teatro español, tiene las cualidades propias, singularísimas que era natural que tuviese. Calderon y todos los que le rodeaban, según acaba de decir en un hermoso discurso académico mi sabio y respetable amigo el Sr. Fernandez-Guerra, eran españolísimos, sin deber nada, ó muy poco, á griegos, latinos é italianos. Y así debía de ser; porque el teatro más es obra de la sociedad que del individuo; más que del poeta, del pueblo, para quien escribe: y ya sabéis lo que era España en aquel tiempo. De las primitivas razas moradoras de nuestro suelo, nunca exterminadas, y de los sucesivos invasores y dominadores de la Península, se había formado un solo pueblo. El no vencido cántabro; el cúscaro de inviolables tradiciones; el celtíbero, el romano, el suevo, el godo; todas aquellas razas distintas en lengua, ritos y costumbres, se fundieron, tras la rota del Guadalete, al calor del sentimiento religioso, para formar el gran pueblo español. A la sombra de la Cruz, todos los españoles se dieron el abrazo de hermanos, y emprendieron heroica lucha de reconquista, al grito santo de Dios y Pátria, y bajo la enseña de valerosos caudillos, convertidos pronto en reyes por el amor de los pueblos y las necesidades de la guerra.—Asturias, Leon, Sobrarbe, Cataluña, Aragon, Castilla, Navarra, formarán Estados independientes y aún enemigos; pero en los momentos del comun peligro, los unirá la fé amenazada, y el mundo admirará las empresas de Toledo y de Almería, y los prodigios de las Navas y del Salado: y sin cesar en la lucha, todavía sobraré vigor á nuestro pueblo, para que sus reyes imperen en Nápoles y en Sicilia, y para que un puñado de almogáva-

(1) El Sr. Cañete, en su notabilísimo prólogo á las farsas de Lucas Fernandez, cita obras de más de 40 autores entre Juan de la Encina y Lope de Rueda, en una época en que según Martínez de la Rosa, Schack y Ticknor, no hubo escritores dramáticos por los rigores de la Inquisición.

res llene del nombre español los imperios de Oriente; y cuando los reinos de España se unan bajo el cetro de Isabel y de Fernando, caerá el último baluarte del Koran; y Granada rendida, humildes carabelas españolas volarán á los nunca explorados mares de Occidente, donde Dios tiene guardado un mundo, para premiar tanta fé y tanto heroísmo; y nuestros capitanes sojuzgarán los imperios de América; y los reyes de Europa serán cautivos de nuestros monarcas; y las armas españolas aterrarán la heregía en Alemania y ahuyentarán á los turcos de Viena; y nuestras naves hundirán para siempre en Lepanto el poder de la Media-Luna, y llevarán el terror á Inglaterra, y circunnavegarán el globo, y plantarán en todas las regiones la Cruz de Cristo, brillando en las banderas españolas.

Entónces; en medio de un incomparable florecimiento de escritores místicos, filósofos, políticos, historiadores y poetas; cuando nuestros teólogos acababan de asombrar á la augusta asamblea de Trento; cuando nuestra lengua dominaba en Europa; cuando por todas partes se veía la aérea aguja de la catedral y la pintoresca ojiva del monasterio; cuando no había ciudad, ni castillo, ni piedra, que no recordára un acto heroico y que no tuviese una poética tradicion; en un suelo rico de pompa y galanura; bajo el fuego del sol de medio dia; en un pueblo ardiente, soñador, y acostumbrado á lo maravilloso; pueblo de religiosos contemplativos, de soldados invencibles y de mujeres vivas, discretas y hermosísimas; nace y crece el verdadero teatro español, rompiendo todos los moldes, idealista, exhuberante, lírico, como correspondía á aquella raza altiva, que encontraba pequeña á su ambicion la redondez de la tierra, al propio tiempo que se sacrificaba generosa por toda idea grande y por todo sentimiento noble.

La fé religiosa; el culto del honor y del patriotismo; el sentimiento monárquico exaltado; la caballeridad extremada; la amistad inviolable; el galan enamorado y valiente; la dama apasionada, pero nó lánguida ni nebulosamente sentimental, como la mujer que nos presenta la poesía alemana é inglesa, sinó animosa y franca; esto es lo que debía verse y lo que se vé en el teatro español y en Calderon, mejor que en ningun otro dramático; esto es lo que germinaba ya en las obras anteriores á Lope de Vega, y á lo que Lope de Vega supo dar vida, siguiendo la inspiracion del pueblo; apareciendo con sus defectos y todo, una gran literatura, verdaderamente española; una musa popular y cristiana, llena de vigor y de lozanía, respirando

frescura y juventud; en vez de la esbelta, sí, pero fría y anémica musa del clasicismo.

Lejos de mí la idea de negar las grandes creaciones y bellezas de los clásicos, ni de desconocer, mucho ménos, los primores de forma y expresion, y la tersura y limpidez de estilo de aquellos brillantes escritores, alguno de los cuales, como, por ejemplo, Virgilio, me cautiva muy singularmente. Pero pretender reproducir sus obras en otra edad, otras razas y otras costumbres; en una nueva y más alta, en una espiritual y divina religion, es, sobre imposible, funesto empeño. Tómese, enhorabuena, lo que pueda asimilarse ó remozarse; lo verdaderamente humano y siempre bello, pero no se quiera que revivan todas las formas, ni ménos el muerto espíritu pagano. Oiré con gusto á Homero hablar de Júpiter y á Virgilio de Vénus y de Juno, y admiraré el coro en la tragedia antigua; pero no le sufriré en el drama moderno, ni soportaré que Vénus hable á Vasco de Gama, ni siquiera que los conquistadores de América se entretengan en contar los amores de Dido, al cruzar la gigantesca cordillera de los Andes. Dadme, en suma, horacianos como Prudencio y sobre todo, como Fray Luis de Leon, en quien aparece engrandecido y sublimado el modelo, y alabaré la influencia clásica.

Quiere esto decir, que á escritores doctos y discretos, les aprovecha estudiar en los autores greco-latinos; pero que en los principios del arte, su influencia es perturbadora, porque los escritores sin personalidad que intentan copiarlos, no alcanzan á reproducir ni la pálida imagen de sus bellezas, y solamente logran torcer y paralizar la inspiracion nacional. Las obras literarias, como las plantas, no pueden producirse ó no viven lozanas sinó en su zona propia, alimentadas por la sávia del suelo natal: y esto es lo que, por dicha, comprendió Lope de Vega, al crear el teatro español, siguiendo su ejemplo todos nuestros dramáticos.

Y ¡qué hermoso, qué fecundo florecimiento! En Lope de Vega está ya todo. La verdadera tragedia en *El Castigo sin Venganza* y *El Mejor Alcalde el Rey*; el drama legendario en *El Caballero de Olmedo* y *la Estrella de Sevilla*; el histórico en *La inocente Sangre* y *La Campana de Aragon*; la comedia de enredo y de costumbres en *La Moza de Cántaro* y *La noche de San Juan*; la de carácter en *El Villano en su rincón* y *La niña boba*; en *El Rufian Castrucho* la picaresca; la mística y la de Santos en *El Nacimiento de Cristo* y en *San Isidro*:

habiendo cultivado además aquel asombroso poeta, el drama caballescresco, la comedia pastoril, el entremés, el auto; todos los géneros y formas posibles del arte escénico.

Pero la inconcebible fecundidad de Lope de Vega no se paraba ante ninguna consideracion ni conveniencia, y atendía más al hecho que á la idea, más al lance que al pensamiento, sin dirigir ordenadamente la accion á su fin; defectos comunes luego á casi todos nuestros poetas.—Tirso, Guillen de Castro, Guevara, Mirademescua y otros muchos siguieron las huellas de Lope de Vega, produciendo obras insignes que, como *El Burlador de Sevilla*, *El Condenado por desconfiado* y *Las mocedades del Cid*, disputaban la palma á las del maestro: alcanzando todos muchos aplausos y laureles, que no logró Alarcon, con ser tan gran ingenio, por apartarse algo del sistema dramático popular, y ser más ordenado en sus planes y un tanto realista, como diríamos hoy.

Esto hay que tenerlo en cuenta al juzgar á Calderon, heredero de la monarquía escénica de Lope, y que escribió en una época en que las producciones dramáticas se contaban, no ya por cientos, sinó por millares, y en que ninguna lograba el público favor, como se apartára del carácter de las de Lope de Vega, y sus imitadores y discípulos.

Floreció, además, Calderon, cuando inundándolo todo, hasta la mística y el púlpito, imperaba el culteranismo; enfermedad comun á todas las literaturas de aquel tiempo, y que tiene precedentes en todos los pueblos; como que su raiz, segun indicó nuestro Quevedo, es un vicio tan antiguo como el hombre: la vanidad y el afan de distinguirse.—Del trágico griego Agaton, se nos cuenta ya que *gorgizó en los yambos*, es decir, que siguió al scfista Gorgias en los juegos de palabras; Licofron, en tiempo de los Ptolomeos, escribía en tenebroso estilo: Marcial es alambicado; Lucano hiperbólico; y afectadísimo; los y poetas de Bizancio, cultivaban el acróstico y otras puerilidades: hasta en el *Edda* se encuentran frases y conceptos culteranos. Por lo que hace á los pueblos modernos, cuando en España se extendía el mal, Inglaterra estaba ya llena de *euplucismo*, gerigonza simbólica llena de metáforas; en Italia cundía el *marinismo*, que tuvo tambien su legislador en el conde Thesauro, cuyo libro titulado *Anteojo aristotélico* puede correr parejas con el *Euplucis ó Anatomía del espíritu* de John y Lily con la *Agudeza y arte de ingenio* de nuestro Graciau; y en Francia dominaba el mal gusto, que fué elevado á ley por el

Hotel de Rambouillet y las *Preciosas*. En España, el mismo D. Juan Manuel escribió una parte de su *Conde Lucanor*, apartándose de la *fabla vulgar*; el lenguaje de los libros de caballería es encrespado y campanudo; afectado y gomoso el de las pastorales; Herrera había escrito con ampulosidad verdaderamente gongorina; Quevedo con exagerado conceptismo, y Góngora—tan gran poeta cuando no es gongorino, según discretísima frase de un sábio—concluyó por hacer triunfar la funestísima plaga; usando todos los escritores metáforas rimbombantes, retruécanos amanerados, transposiciones violentas y alusiones mitológicas que, como indicó muy bien Cascales, componen la sustancia y forma del culteranismo.

Tenemos, pues, que Calderon escribía en una época en que imperaba el mal gusto; y escribía para el teatro, es decir, para el pueblo, y dentro de un sistema dramático que exigía el desprecio de las unidades; abundancia de incidentes; variedad de episodios; riqueza y ampulosidad de versificación; idealismo en la expresión de los afectos, y ante todo y sobre todo, españolismo, hasta el punto de no comprenderse personaje de ningún tiempo ni lugar que no procediera y hablara como los españoles del siglo XVII. ¿Qué mucho, siendo esto así, que los planes de Calderon, en general, no brillen por el orden; que sus escenas se resientan de falta de color local, y su lenguaje peque de convencional y amanerado?

Pero ni esto dice nada contra sus facultades creadoras y poéticas, ni juzgado así, hay genio dramático que pueda librarse de acerbas censuras. Mucho ponderamos á los griegos; y, sin embargo, ¿quién prescindiendo del lugar, del tiempo y de la civilización en que escribieron, encarecería tanto su mérito? Sin hablar de las ineptias, chocarrerías y obscenidades, de todo punto imperdonables, de Aristófanes, y limitándonos á los trágicos ¿como toleraríamos los sencillísimos argumentos de Esquilo, su falta de plan, sus diálogos más que dramáticos históricos, y su pobreza de caracteres? ¿Quién soportaría ver, por ejemplo, á un loco como el *Ajax* de Sófocles, enfurecido nada ménos que por la diosa de la sabiduría, degollando reses, como D. Quijote alanceaba ovejas, pensando que eran enemigos, azotando á un buey, creyendo que era Ulises; ni quién sufriría las interminables discusiones que siguen á la muerte del héroe, sobre si se ha de dar ó nó sepultura á su cadáver? ¿Qué censuras no se lanzarían contra Eurípides por las frias y pedantescas disertaciones que pone en boca de Hipólito, de Medea, de Teseo,

de todos sus personajes, hasta en las situaciones más trágicas? ¿Quién podría aguantar aquella constante presencia del coro, que á nuestros ojos quitaría todo interés á las situaciones, ni aquella ordinaria intervencion de los dioses para explicarlo y desenlazarlo todo, despojando de toda su importancia á la lucha y á los conflictos de las pasiones humanas?

Mas aunque así sea la tragedia griega, disculpamos á los autores que escribian segun las creencias, costumbres y tradiciones de su pueblo; y, reconociendo la especial grandeza de alguna obra como *El Prometeo*, alabamos la naturalidad, la sencillez, el vigor, lo patético, ya del estilo, ya del diálogo, ya de los caracteres y situaciones. Y lo mismo hacemos con Shakspeare, á quien nadie supera en lo terrible y gigantesco de los personajes y conflictos dramáticos, pero á quien nadie excede tampoco en lo desordenado del plan y en lo arbitrario, inconveniente y hasta repulsivo de algunas de sus escenas; sin que por eso le neguemos la palma sobre los trágicos franceses, ni le hagamos la ofensa de compararle siquiera con el ordenadísimo y clasicísimo Alfieri.

Tengamos este criterio al juzgar á Calderon y á nuestro teatro, que, como queda dicho, era eminentemente idealista, como lo era el pueblo, que no gustaba que se le presentase de una manera realista, ni aun su propia poética realidad.

Fijáos, si nó, en las mismas comedias de capa y espada. Son animadísimos cuadros de costumbres; y sin embargo, aunque estoy muy lejos de asentir al duro y exagerado juicio de Sismondi, no puedo persuadirme de que retraten con toda exactitud las de los españoles del siglo XVII. Allí no se habla de Dios, cuando tanto se creía en él; allí no se vé jamás, ni se menciona como consejero á un religioso, cuando tantos habia y tanto influían en la vida de aquella sociedad; allí no se vé siquiera una madre, y no hemos de pensar que todas las doncellas fuesen huérfanas. Es que el respeto impedía á nuestros padres mezclar las cosas santas, con los incidentes de una comedia de entretenimiento. Y, en cambio, se ven á todas horas cuchilladas, rondas y escondites, que, por mucho que abundáran entre gente moza y viva, no serían tan comunes como pudiera creerse leyendo las comedias; pues la justicia perseguía con rigor á los duelistas—dígalos Quevedo—y muchas, la mayor parte de las mujeres, se casarían en paz y en gracia de Dios, consultándolo con sus madres, y sin andar envueltas en peligrosas aventuras.

Las comedias de capa y espada muestran, pues, una parte de las costumbres españolas: la acomodada á las exigencias del pueblo y de la escena cómica: así es que, en general, presentan unos mismos tipos, y los mismos recursos y condiciones. La dama sujeta al padre ó al hermano, requerida por dos ó más galanes, siendo uno el preferido, y originándose de aquí los celos, los desafíos y los escondites, que terminan siempre con la boda de los amantes. Pero dentro de esta uniformidad, ¡qué variedad tan asombrosa! ¡Qué riqueza! ¡Qué primores! ¡qué encanto! Calderon, sobre todo, ha llegado en estas comedias *al non plus ultra*. Leed su *Dama duende*, su *Casa con dos puertas*, su *Peor está que estaba*, su *Astrólogo fingido*, sus *Mañanas de Abril y Mayo*: leedlas todas, porque aquí apenas hay que escoger, y estaréis en perpétua suspension y embeleso. ¡Qué cortesés los amantes! ¡qué ingeniosas y discretas las damas! ¡qué agudos los graciosos! ¡qué nobles los amigos! ¡qué hidalgos, qué caballeros todos! Y en las escenas, al propio tiempo que seguís la maravillosa complicacion de los incidentes y pasais de sorpresa en sorpresa, ireis oyendo discreteos amenísimos, sentencias profundas, penetrantes observaciones, todo envuelto en las galas de una versificacion incomparablemente rica y armoniosa: creeréis que la maga de un cuento oriental os conduce por jardines encantados, vertiendo á vuestro paso todo un mar de flores y todo un rio de perlas: y en esa suspension del ánimo, y entre esos lances de amores, no sentiréis los incentivos de la liviandad, ni se os presentarán las seducciones del vicio; y aprenderéis por el contrario, á ser respetuosos, caballeros, honrados y cortesés, sin que os podais perder en las vaguedades de un exagerado idealismo, porque allí estará el gracioso para traeros á la realidad de la vida.

Este es el papel importante y profundamente filosófico del gracioso en nuestro teatro, y singularmente en Calderon. No es el parásito pagano, ni el bufon más ó ménos chistoso, que divierte á costa de la honra ó de la fama del prójimo: es el representante de nuestra flaca y necesitada naturaleza; es el hombre de la realidad, que modera los vuelos de la fantasía del caballero; es el Sancho, que refrena los ímpetus de la locura de D. Quijote.

No se ha comprendido ni fijado bien este carácter de nuestro gracioso, viéndose más la inoportunidad de su presencia en muchas ocasiones. Ciertó es que se abusó de él, y que el público lo exigia tanto, que le vemos hasta en los *Autos Sacramentales*. Pero quede consignado

que, como creacion, el gracioso del teatro español tiene un alto sentido, y era conveniente en un pueblo que vivía entre tantos idealismos. Así se buscaba, así se debe buscar siempre el equilibrio y el contrapeso: no enfangarse en la realidad: volar alto: suspirar por la belleza y el bien; pero no perderse en funestas vaguedades idealistas, que producen vacíos desesperadores en el alma, olvidando que ahora vivimos en el mundo de lo limitado y de lo imperfecto, en el mundo *m* de la lucha y de la prueba.

Con ser tan hermosas las comedias de capa y espada de Calderon, que han obtenido el aplauso de los más ciegos detractores del gran dramático, no es en ellas donde más admirable se muestra. Si no hubiera escrito más que esas comedias, sería un autor amenísimo, discretísimo, ingeniosísimo, digno de loa como el que más: pero no merecería el nombre de genio, y Calderon, con todos los defectos de su sistema y de su estilo, es un genio, y un genio verdaderamente soberano.

Calderon es, en efecto, el poeta de las grandes ideas y de las sublimes concepciones. Sófocles, Shakspeare y Goethe le aventajan, aunque no siempre, en la expresion de los afectos y en la pintura de los caracteres; pero en grandeza de invencion, en elevacion de pensamiento, no pueden competir con él. Para nuestro dramaturgo, el arte es la expresion de la vida, sujeta á las leyes de la justicia y á la ordenacion de la Providencia; no á los inflexibles decretos de un ciego destino, ni á la caprichosa crueldad del acaso, ni á los vaivenes de la duda que conducen al vacío universal. Edipo es desgraciado, incestuoso y parricida, porque así lo decreta el destino, y él se inmola á su desventura con calma aterradora; Segismundo resiste, y vence con su libre alvedrío la predicción de las estrellas: Romeo y Julieta mueren desesperados, cuando tan fácilmente pudieron vivir dichosos; Crisanto y Daría vuelan contentos al suplicio para desposarse en el cielo: Margarita sucumbe sin combate á las seducciones de Fausto; Justina lucha y vence la poderosa tentacion, y redime á su amante. El arte en Calderon consuela, fortifica y eleva; revela la dignidad del hombre y la grandeza de sus destinos; no se complace en torturarlo y escarnecer sus dolores; y si á la virtud sigue la recompensa, al crimen sigue el castigo: el raptor de la hija de Pedro Crespo, muere

ahorcado, sancionando el Rey esta justicia del alcalde de Zalamea; y la Reina Católica entrega al verdugo la cabeza de Gomez Arias, despues de reparar el honor de su víctima.

No hay, por otra parte, idea, así del órden moral, como del teológico, como del filosófico, por abstracta que pueda ser, que no encuentre adecuada expresion, que no esté encarnada en las creaciones del gran poeta. No hablemos de ese portento que se llama *La vida es sueño*, sin rival ni parecido siquiera en ninguna literatura, y en el cual, por modo tan admirable como sencillo, presenta y resuelve Calderon todo el problema de la humana vida. Permitidme, sí, que me fije un instante, en otra creacion suya, de que no se hace el debido aprecio, y que tambien es, en mi sentir, admirable. Una noble y hermosa pagana oye con indiferencia hablar del amor: en su alma altiva no ha entrado jamás este sentimiento: ningun hombre es á sus ojos digno de una mirada, cuanto menos de la más leve inquietud. Requerida de amores por gallardo mancebo, tambien pagano, le responde desdeñosa; porque no solo no ama, si no que tan libre se juzga de poder amar, que ha dicho á sus compañeras:

Cuando un hombre hubiera estado
De mí tan enamorado
Que hubiera muerto por mí;
Y entendiendo yo por cierto
El que por mi amor murió,
Entónces pudiera yó
Amarle despues de muerto.

Cazando por los montes esta mujer altiva, oye una voz que le dice que uno ha muerto enamorado de ella, y piensa que será aquel mancebo desdeñado, pero pronto sabe que vive, y vuelve á encontrarle, ya convertido al cristianismo. Quiérela él convencer de la falsedad de la religion pagana: resiste ella animosa; y cuando con amistoso afecto concluye diciéndole:

¿Qué puedo hacer hoy por tí
Para hacer aqueso yó?

Oye exclamar á un confesor de Cristo, á quien en aquel momento están dando muerte:

Alma, busca al que murió
Enamorado de tí.

Este grito conmueve las entrañas de Daría; la venda cae de sus ojos; preparada por las doctrinas de Crisanto, comprende el misterio de la Redencion: vé que el amor llevó á Cristo á morir en un patíbulo: ya tiene el hombre á quien amar; ya sabe de uno que ha dado la vida por amor de ella: y la orgullosa pagana confiesa á Cristo, y quiere participar del martirio que aguarda á su amante Crisanto, y mueren ambos, dejando el mundo para ser *los dos amantes del cielo*.

Decidme, señores, si como concepcion hay algo semejante á ésta, no ya en la literatura gentilica, que era imposible, pero ni en las literaturas modernas. El *Poliuto* de Corneille, obra superior en artificio y forma,—no vacilo en decirlo,—se queda muy por bajo de la gran creacion calderoniana.

Tambien es, en mi sentir, asombrosa la manera con que Calderon muestra en un solo rasgo, lo fácil que es despeñarse en el crimen, y lo difícil de la rehabilitacion. La desventurada Julia, enamorada del matador de su hermano, esconde su pena tras las rejas de un claustro: allí la busca el desatentado mozo, escalando la santa morada: lucha la doncella con la poderosa tentacion; cuando de pronto Eusebio, espantado del signo de la Cruz, se arranca violentamente de sus brazos, y la abandona y huye: la pasion y el orgullo de la mujer se hierguen entónces heridos y furiosos: Julia, que se juzga despreciada, corre loca tras de aquel hombre, y viendo la escala por donde él ha descendido al campo, se lanza tambien por ella en su seguimiento, y queda sola al pié del muro, fuera del recinto sagrado. El temor la sobrecoge; conoce su locura; quiere volver á su celda; pero al ir á intentarlo, siente ruido, y tiene que ocultarse: son los compañeros de Eusebio, que vienen por la olvidada escala. Cuando la han retirado, vuelve la azorada Julia: dirige su vista al muro; busca ansiosa; pero la subida es imposible: la escala no está allí: allí está ella, sola, desamparada, con sus remordimientos, y tendrá que exclamar:

Demonio soy que ha caído
Despeñado de este cielo,

al cual no podrá volver por sus propias fuerzas ni por su sola voluntad, que, al contrario, la arrastrará como caballo desbocado al abismo de la desesperacion.

No temáis, sin embargo, que en el drama de Calderon se consume, como en Edipo, el horrible incesto: el signo redentor lo impedirá, y *la devocion de la Cruz* salvará á los infelices hermanos.

Pues fijáos en el principio del drama *La Cisma de Inglaterra*. Allí aparece Enrique VIII, dormido, con la cabeza apoyada en una mesa en que hay pluma y papeles: son los escritos en que aquel Rey combate á Lutero y aboga por la causa de la Iglesia, mereciendo que el Papa le honre con el título de Defensor de la fé. Pero aquel infortunado monarca tiene apetitos de bestia y orgullo de demonio: llegará un dia en que, cansado de las caricias de su angelical esposa Catalina de Aragon, querrá que el Papa desate el nudo indisoluble que á ella le liga; y porque el Papa le dirá: «no puedo»; romperá con la Iglesia, y arrastrará á todo su reino á la herejía. Todo esto acierta á compendiar Calderon en una sola frase. Enrique VIII sueña que vé una mujer, y que al verla borra lo que estaba escribiendo, y dice:

Tente, sombra divina, imagen bella,
Sol eclipsado, deslucida estrella,
Mira que al sol ofendes
Cuando borrar tanto esplendor pretendes:
¿Por qué contra mí pecho airada vives?

y en este momento, (entra realmente) Ana Bolena, y mirando los escritos del Rey, exclama:

Yo tengo de borrar cuanto tú escribes:

y desaparece á tiempo que despierta el Rey asombrado.

Aquí está toda la historia, preñada de catástrofes, de aquel período: aquí está todo el drama, en que se cumplirá esto á la letra; pero no sin que Bolseo, infame instigador de Ana Bolena, perezca miserablemente, y sin que la reina usurpadora y adúltera muera en el suplicio; pues Calderon abarcaba los asuntos en toda su extension y magnitud, sin encerrarse en límites mezquinos, que impidieran ver el desenlace y la sancion de los sucesos.

Examinando uno por uno sus grandes dramas, veríamos que en todos hay alguna idea, alguna belleza extraordinaria, cuando ellos no sean una soberana concepcion. Esto es lo que no han visto ni aciertan á ver sus detractores, y lo que todavía no está debidamente

estudiado. Se vé, por ejemplo, que los personajes de Shakspeare tienen en general fisonomía más característica que los de Calderon, ó que Goethe sabe convertir en gran poema una leyenda sencilla, y ya les basta esto á muchos para colocarlos por encima de nuestro poeta.

A nadie cedo en admiracion al gran trágico inglés. Rompiendo, como Lope de Vega, los estrechos moldes del clasicismo, que tambien apareció en los comienzos del teatro de su pátria, supo crear un teatro poderoso y brillante, que disputaría la palma al español, si los otros poetas ingleses pudieran competir con los grandes dramáticos españoles. Pero los contemporáneos de Shakspeare valen poco, y él brilla solo, como la luna en el firmamento, oscureciendo á todas las estrellas; por lo cual todas las miradas se fijan en él, concentrándose la atencion en su solo nombre. Suprimid por un momento á Lope, Tirso, Guillen de Castro, Alarcon, Moreto y Rojas; dejad sola la gran figura de Calderon; y la vereis crecer hasta tocar las nubes.

Shakspeare no tuvo rivales ni sucesores, como tampoco había tenido ascendientes: por eso es más admirable; y se le puede llamar creador, en cuanto esta palabra es aplicable á la pequeñez humana. Shakspeare, analizador profundo del corazon humano, supo, además, pintar los afectos y pasiones con inimitable colorido, siendo sus personajes prodigios de animacion y de vida. Parece que los hemos visto y conversado con ellos, y sentímos sus dolores, y nos interesámos en sus desventuras.

Calderon es ménos humano, como ahora se dice; pero es más divino; porque es más generalizador y sintético: busca la verdad, presenta la idea, encarna el pensamiento, y vuela más alto; sin descender, por lo comun, á la anatomía del corazon, pero descubriendo admirablemente sus más hondos secretos.

Otelo es un celoso vivo y real que aterra; pero el Tetrarca es más celoso que él. En la ejecucion, aunque la obra tiene sus puntos flacos, Shakspeare es incomparable; pero comparadas ambas concepciones, lleva indisputablemente la palma la tragedia del poeta español.—Otelo es negro, y su esposa una veneciana hermosísima: no es de extrañar que sea celoso: la más leve sugestion bastará para inflamar la llama de los celos en el pecho del africano. Un amigo pérfido soplará en su oído voces traidoras, que le hagan fijarse en la diferencia que hay entre su atezado rostro y los rostros agraciados de

los compañeros de Desdémona: con arte infernal hará crecer la sospecha, contribuyendo á ello la inocente víctima; y la catástrofe sobrevendrá sombría y terrible, sufriendo ántes bárbaras torturas el pobre corazón de Otelo. Todo es aquí real, verdadero, vivo; las personas, los afectos, las frases. Viendo esta obra, os lanzaríais á la escena á sacar á Otelo de su error, ó á detener su brazo: querríais pronunciar una palabra; la que pronuncia la esposa de Yago, después de muerta Desdémona, y que bastaría para impedir tantos horrores.

Los celos del Tetrarca de Calderon no son los que podríamos llamar naturales y ordinarios de Otelo, ni se remediarian con tanta facilidad. Son celos, que nacen en los más impenetrables abismos del alma, donde sólo puede sorprenderlos la mirada penetrante del genio. Mariene es una mujer encantadora, fidelísima y amante esposa de Herodes: Herodes es un príncipe noble, gallardo, enamorado, que aspira al imperio del mundo, para dárselo á su Mariene: nada podrá turbar la paz de ambos esposos, ni quebrantar su recíproca confianza. Pero el Tetrarca está sometido á Octavio Augusto, emperador de Roma y le amenaza la muerte. En esta situación, ha visto que Augusto está enamorado del retrato de Mariene: no se le ha dado ella: no se han visto jamás; y Augusto no sabe siquiera quién es aquella mujer, cuya imagen le ha cautivado. Nada de esto puede ignorar el Tetrarca: sabe el amor que le tiene su esposa; conoce su virtud: pero ¡ay! que si él muere, acaso la vea Augusto; acaso con su poder logre ser dueño de su hermosura; acaso ella acabe por olvidarle; y esta amarga idea, labrando en su ánimo, produce el horrible monstruo de los celos. El Tetrarca no puede soportar el pensamiento de que su Mariene sea de otro hombre; quiere morir con la seguridad de que no podrá serlo, y encarga á su fiel servidor

que muerto él, con secreto
dé la muerte á Mariene.

Celos bárbaros, celos de muerto, celos de ultra-tumba; pero humanos y muy humanos, y más gigantescos y aterradores que los de Otelo.

También, como carácter, como pintura, es asombroso Hamlet; pero como idea, como símbolo, es superior Segismundo. Hamlet anda entre tinieblas, en los abismos de la duda. El crimen que con-

templa y el dolor que siente, no tienen sancion, ni explicacion, ni remedio. La tumba para él es un enigma, la cuna otro enigma, otro enigma la vida. Combatido por ideas y pensamientos confusos, vaga, como los condenados del Dante, arrastrado por rápidos torbellinos: no sabe qué quiere, ni á dónde vá: el ciego acaso le conduce, y se pierde en los desiertos sin término de la locura. Segismundo tampoco es un hombre; es el hombre; pero el hombre que siente á Dios, y vé la inmortalidad y confiesa el alvedrío. Aprende que el mundo es una sombra, y que *la vida es sueño*: la grandeza, el poder, el trono, la pobreza, la hermosura, todo son fantasmas que el sueño produce y que han de desvanecerse. Hamlet pregunta si morir es dormir ó soñar tal vez; Segismundo contesta que soñar es vivir, y que morir es despertar, y quiere que

Acudamos á lo eterno
Que es la fama vividora,
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

Hamlet, en una palabra, es el hombre que padece y duda: Segismundo el hombre que lucha y espera.

En todas sus creaciones muestra el gran poeta este carácter iluminador y revelador, que consuela y sostiene; y en lo cual es, cuando no único, verdaderamente excepcional.

¡Qué amargo, qué triste, en medio de sus primores de ejecucion, el *Fausto* de Goethe! ¡Qué suavidad, qué hermosura en el *Mágico prodigioso*! Goethe tomó la antigua leyenda, de que ya se habian servido varios poetas ingleses y alemanes, y con ella hizo un famosísimo poema. Pero ¿á dónde vá Goethe? Fausto, rejuvenecido, y auxiliado por el espíritu del mal, empieza por corromper á Margarita. La pobre doncella, deslumbrada por la riqueza y gallardía de su seductor, engañará á su madre, venderá su honra y será causa de la muerte de su hermano: Mefistófeles triunfa: Goethe pintará la hermosura de la jóven, sus flaquezas y sus terrores, con brillantísimo colorido: la passion se verá en sus páginas palpitante y seductora; pero caerá la engañosa venda, vendrá el infortunio, y Fausto andará errante por el mundo, sin acordarse de su víctima, y sin rumbo ni idea que le guíe. Despues del drama de Margarita, que, en rigor, no es más que un episodio del *Fausto*, Goethe se pierde en las nebulosidades de un sim-

bolismo panteista, y no vuelve á lograr interesarnos. Quizá como estudio y exposicion panteístico-poética, sea una gran cosa esta parte, que es la mayor del *Fausto*; pero ya su autor decía que no sería entendido, y fuera de Alemania, ni lectores tiene, ni los tendrá: y, en definitiva, el poema, á pesar de que Fausto se vá al cielo acompañado de ángeles y santos, es árido y desconsolador; porque este remedo de redencion es púramente fantástico y poético; y su última palabra, su solucion, es el vacío, la negacion, el *no ser*, la nada que presentaba como igual al ser la atrevida frase de Hegel.

Metaphrastes
El *Mágico Prodigioso* tambien está fundado en la antigua leyenda cristiana de los santos mártires de Antioquía, escrita por Metaphrastes. Calderon presenta á un jóven pagano, sediento de saber, y de comprender, sobre todo, un pasaje de Plinio, relativo á la unidad de Dios. El Espíritu del mal quiere apartarle de esta idea, y triunfar al propio tiempo de la virtud de una doncella cristiana, y se presenta á Cipriano, en forma de viajero, y discute con él para afirmarle en las creencias politeistas. Cipriano vé luego á Justina y queda prendado de su hermosura: olvida los libros, los estudios, todo: no piensa ya mas que en aquella mujer. La primera vez que la requiere de amores, ella le desdena: crece la pasion: vuelve á hablarla, y oye esta respuesta de Justina:

Es imposible quereros
Cipriano, hasta la muerte:

á lo cual replica el enamorado mozo:

La esperanza que me dais,
Ya dichoso puede hacerme;
Si en muerte habeis de quererme,
Muy corto plazo tomais.
Yo le acepto y si á advertir
Llegais cuan presto ha de ser,
Empezad vos á querer,
Pues ya empiezo yo á morir.

Entregado á sus amorosos pensamientos, en el campo, solo, delirante, llega á ofrecer su alma á cualquier genio infernal, á cambio de la posesion de Justina. El demonio, suscitando una tempestad, se presenta entonces en forma de náufrago; y dice á Cipriano, que le

socorre, que se dedica á la mágica, quedando los dos amigos y compañeros, pues Cipriano quiere aprenderla, para conseguir el logro de sus deseos. En tanto el demonio ha procurado y procura enloquecer á otros amantes de Justina y difamar á ésta, saliendo en forma humana por los balcones de su casa y de sus habitaciones: con lo cual unos y otros la juzgan liviana, llegando á ultrajarla el gobernador de la ciudad, y á rechazarla el hombre que con ella tiene lugar de padre.

Cipriano, preguntado una vez por su infernal compañero le confía su amor por Justina, encareciendo la hermosura de la doncella, y diciendo:

Estoy tan ciego y perdido,
 Porque mi pena te asombre,
 Que por parecerla otro hombre,
 Me engañé con el vestido.
 Mis estudios dí al olvido,
 Como al vulgo mi opinion;
 El discurso á mi pasion,
 A mi llanto el sentimiento,
 Mis esperanzas al viento
 Y al desprecio mi razon.
 Dige, y haré lo que dige,
 Que ofreciera liberal
 El alma á un genio infernal;
 De aquí mi pasion colige,
 Porque este amor que me aflige
 Premiase con merecella;
 Pero es vana mi querella,
 Tanto, que presumo que es
 El alma corto interés,
 Pues no me la dan por ella.

El espíritu de las tinieblas, el mágico, hace entónces prodigios para que Cipriano vea su poder; traslada los montes; le presenta la imágen de Justina, y le ofrece enseñarle el modo de hacer estos portentos, á cambio de su alma. Hecho el pacto, Cipriano se retira de la ciudad; y cuando ya sabe bastante de artes mágicas, pretende atraer á Justina: y el demonio, para ayudarle, presenta á la doncella en formidable tentacion el recuerdo de su amante.—Cuando Calderon no hubiera escrito mas que esta escena de la tentacion de Justina, bastaría para hacer imperecedero su renombre.—Empieza el demonio con esta soberbia invocacion á los espíritus infernales:

¡Ea, infernal abismo,
 Desesperado imperio de tí mismo;
 De tu prision ingrata
 Tus lascivos espíritus desata,
 Amenazando ruina
 Al virgen edificio de Justina!
 Su casto pensamiento
 De mil torpes fantasmas en el viento
 Hoy se informe! ¡Su ardiente fantasía
 Se llene, y con dulcísima armonía
 Todo provoque amores,
 Los pájaros, las fuentes y las flores!
 Nada miren sus ojos
 Que no sean de amor dulces despojos;
 Nada oigan sus oídos
 Que no sean de amor dulces gemidos;
 Porque, sin que defensa en su fé tenga,
 Hoy á buscar á Cipriano venga,
 De su ciencia invocada
 Y de mi ciego espíritu guiada.
 Empezad! que yo en tanto
 Callaré porque empiece vuestro canto.

Justina, en efecto, siente en su retiro turbada su mente por ideas halagadoras y tenaces, y su corazón inquieto por desconocidos ardores: quiere huir y librarse de su influencia; pero los tentadores fantasmas la persiguen más en el jardín, lleno de imágenes y de músicas y de voces voluptuosas. Oídlas, y oíd á la doncella, combatida por el demonio de los impuros amores.

VOCES. —«No hay sugeto ^{en} que no imprima
 El fuego de amor su llama,
 ✓ Pues viene más donde ama
 El hombre que donde anima.
 Amor solamente estima
 Cuanto tener vida sabe;
 El tronco, la flor, el ave;
 Luego es la gloria mayor
 De esta vida.....

OTRAS VOCES. —Amor..... amor.....

JUSTINA. —Pesada imaginacion
 (Asombrada
 é inquieta.) Al parecer lisonjera;
 ¿Cuándo te he dado ocasion

Para qué de esta manera
 Aflijas mi corazón?
 ¿Cuál es la causa, el rigor
 De este fuego, de este ardor
 Que en mí por instantes crece?
 ¿Qué dolor el que padece
 Mi sentido?

LAS VOCES... —Amor..... amor.....

JUSTINA. . . . —Aquel ruiñeñor amante
 Es quien respuesta me dá
 Enamorando constante
 A su consorte, que está
 Un ramo más adelante.
 Calla, ruiñeñor, no aquí
 Imaginar me hagas ya,
 Por las quejas que te oí,
 Como un hombre sentirá
 Si siente un pájaro así.
 Mas nó; una vid fué lasciva,
 Que buscando fugitiva
 Va el tronco donde se enlace,
 Siendo el verdor con que abraza
 El peso con que derriba.
 No así con verdes abrazos
 Me hagas pensar en quien amas
 Vid; que dudaré en tus lazos,
 Si así abrazan unas ramas
 Como enraman unos brazos.
 Y si no es la vid, será
 Aquel girasol que está
 Viendo cara á cara al sol,
 Tras cuyo hermoso arrebol
 Siempre moviéndose vá.
 No sigas, nó, tus enojos,
 Flor, con marchitos despojos:
 Que pensaré en mis congojas
 Si así lloran unas hojas,
 Como lloran unos ojos.
 Cesa, amante ruiñeñor,
 Desúnete, vid frondosa,
 Párate, inconstante flor
 Ó decid ¿qué venenosa
 Fuerza usais?

LAS VOCES... —Amor..... Amor.....

JUSTINA. . . . —¿Amor? ¿A quién le he tenido

Yo jamás? Objeto es vano;
 Pues siempre despojo han sido
 De mi desden y mi olvido
 ¿Selio, Floro y Cipriano?
 ¿Á Selio no desprecié?
 ¿Á Floro no aborrecí,
 Y á Cipriano no traté
 Con tal rigor, que de mí
 Aborrecido se fué
 Donde de él no se ha sabido
 Más?—¡Ay de mí! Ya yo creo
 Que esta debe de haber sido
 La ocasion con que ha podido
 Atreverse mi deseo:
 Pues desde que pronuncié
 Que vive ausente de mí,
 No sé (¡ay infeliz!) no sé
 Qué pena es la que sentí....

.
 Mas ¡ay! discursos parad!
 Si basta ser piedad sola,
 No acompañeis la piedad:
 Que os alargais de manera,
 Que no sé, ¡ay de mí! no sé,
 Si ahora á buscarle fuera
 Si adonde él está supiera.

—Ven, que yo te lo diré:

dice el demonio, que, dándola por vencida, se presenta en este instante, intentando llevarla á donde está el mancebo. Pero Justina se repone, y dice:

Nó; no lograrás tu intento:
 Que esta pena, esta pasion,
 Que afligió mi pensamiento,
 Llevó la imaginacion,
 Pero no el consentimiento:

y así, luchando á brazo partido con el tentador, y afirmando la libertad de su alvedrío, concluye replicando al demonio que le ha dicho:

¿Cómo te has de defender
 Si te arrastra mi poder?
 —Mi defensa en Dios consiste:

y obliga al espíritu del mal á que se aleje diciendo:

—Venciste, mujer, venciste,
Con no dejarte vencer.

No se concibe nada mas hermoso que esta lucha de la virtud con la tentacion. El poeta ha dado cuerpo á lo que pasa en el alma de Justina, por medio de voces y de cantos y de la presencia del espíritu del mal. Con que la doncella hubiera consentido un instante en el impuro deseo, habría quedado vencida; pero resiste valerosa, y la tentacion se disipa, marchándose inmediatamente Justina al templo que tienen oculto los cristianos, para que Dios la dé fuerzas y no deje que padezca ni la inocencia de su nombre.

Vencido el demonio, quiere presentar á Cipriano una Justina fingida, un espíritu infernal con la forma de la doncella, para que Cipriano quede esclavo suyo y ella difamada. Cipriano hace los conjuros mágicos; evoca á Justina; allí está; allí tiene la mujer que ama; aquella por cuya posesion ha dado su alma; aquella en quien está cifrada su dicha, su felicidad, su gloria. Ya la toca, ya la tiene entre sus brazos; va á contemplar aquel rostro peregrino que le enloquece; levanta el velo, y vé aterrado un esqueleto que se hunde en el abismo, mientras una voz dice:

Así, Cipriano, son,
Todas las glorias del mundo.

Dios no ha permitido que ni en la apariencia quede sin honra la vírgen cristiana, y quiere salvar tambien el alma del desatentado mancebo. El mágico tiene que confesar á Cipriano, que contra todos sus conjuros, ha defendido á Justina el poder de un Dios. Cipriano comprende que ese Dios lo vé todo, pues vió lo que era secreto; que es uno solo y Omnipotente, pues hizo lo que quiso; y concluye por confesar al Dios de Justina, la cual á la sazón está ya presa por cristiana, y va á ir al suplicio. Así la vé Cipriano, que tambien anhela ya por el martirio, animándole ella á la muerte, hablándole de las misericordias de Dios y diciéndole:

Que en la muerte te quería
Dige, y pues á morir llevo
Contigo, Cipriano, ya
Cumplí mis ofrecimientos.

Fin hermosísimo, y digno remate de tan admirable composicion.

Despues de esto, quédese para los impertinentes retóricos de otros dias, andar buscando los lunares del estilo ó las imperfecciones del plan, en un genio como Calderon. Maravilla y más que maravilla debe causar en todo ánimo desapasionado, que escribiese obras como el *Mágico prodigioso* para la humilde villa de Yepes, y en tiempos en que las comedias rara vez se imprimian, y estaban á merced de libreros y comediantes, que entraban por ellas como en pais conquistado, alterándolas y trasformándolas á su antojo. ¡De cuántas faltas de las que se observan en las obras de Calderon pagará él la pena sin haber tenido la culpa!

Debe tenerse tambien en cuenta que Calderon escribia con la serenidad del justo que mira de lejos y sin contaminarse con ellas, las miserias y pasiones humanas, y atendia principalmente á la idea y al concepto, sin cuidarse tanto de la pintura de los caractéres. Pero los sabia pintar, como el primero, y pintó muchos en sus obras, mucho más numerosas, por otra parte, que las de los dramáticos extranjeros con que pudiéramos hacer la comparacion. Sin hablar de sus comedias, donde hay caractéres primorosos; sin hablar de sus Autos, donde los hay tan vivos y enérgicos como el Cam y el Nembroth de *La Torre de Babilonia*; sin hablar del admirable Segismundo de *La vida es sueño*, y limitándome á sus dramas religiosos y trágicos; si quereis caractéres, ahí teneis al *Príncipe Constante*, que lo es muy hermoso y muy sostenido; ahí está el mismo Cipriano del *Mágico Prodigioso*, sediento de ciencia, impresionado por una hermosura, ciegamente enamorado luego de ella, hasta el punto de dar su alma por conseguir su amor: ahí está el *Eusebio* de *La Devocion de la Cruz*, apasionado y fogoso, que llega á presentarse ante la mujer á cuyo hermano acaba de dar muerte, y á escalar el convento donde ella vive retirada; ahí está el Ludovico del *Purgatorio de S. Patricio*, con rasgos más enérgicos y poderosos que los del *Burlador de Sevilla* de Tirso, ó el *D. Félix de Montemar* de Espronceda; ahí teneis á Decio y sobre todo á Aureliano, tipo magistral del ambicioso, en *La gran Cenobia*; ahí teneis á *Luis Perez el gallego*, que no reconoce superior en su género; ahí teneis al D. Lope de Urrea de *Las tres justicias en una*, del ~~la~~ cual pudo muy bien aprovecharse Schiller para el Carlos de *Los Bandidos*; ahí está Semiramis en la primera parte y todo el principio de la segunda, de *La*

Hija del Aire; ahí están D. Lope de Figueroa y Pedro Crespo en *El Alcalde de Zalamea*.

No acertó Calderon á conducir bien la trama de la *Hija del aire*; pero aquella mujer, criada por su viejo protector en una cueva, sin ver más que el campo, que amada por un magnate y general poderosísimo, le desdeña en el momento de oír al monarca; y que al verlas por primera vez encuentra mezquinas para ella la pompa del trono, y las grandezas de Babilonia; aquella Semiramis que va con seguridad y altivez á la batalla, sin terminar su tocado, es un tipo gigantesco, ante quien palidece la Catalina Howart de Dumas, despreciando criminal al Duque de Dierman para subir al tálamo de Enrique VIII.

Del *Alcalde de Zalamea* ¿qué podrá decirse que no sea pálido junto á la realidad? Los más duros censores de Calderon no pueden negar la verdad de aquellos caractéres, la viveza de aquellas escenas, la vida, el movimiento, el interés de aquellos sucesos. La doncella ultrajada, el raptor infame, el general adusto, los soldados alegres y bulliciosos, el noble hermano de Isabel, el incomparable labrador, y hasta el Rey, que aparece para sancionar la severa justicia que ha hecho como alcalde; todo constituye un admirable cuadro, que no tiene superior y que apénas podrá tener igual.

Y si buscáis conflictos dramáticos, no cede al mejor imaginado el que presenta Calderon en su drama *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*. Focas, usurpador del trono de Mauricio, busca al hijo de éste, Heraclio, para darle muerte, y asegurarse en el imperio. Pero él tambien tuvo un hijo que perdió, y un mismo hombre guarda á los dos jóvenes. Focas averigua que uno de ellos es el que busca rencoroso; y al propio tiempo sabe que otro es su hijo. A ninguno puede matar, á ninguno puede dar el trono; porque ignora cuál es el que debe amar y cuál el que quiere aborrecer. Insta, ruega, amenaza de muerte al hombre que conoce el secreto; pero él se niega á revelarlo y prefiere morir, con lo cual quedará para siempre inviolable; y aumentando el dolor del desdichado Focas, los dos mancebos se creen hijos del muerto Emperador, y ninguno quiere ser hijo suyo, haciéndole exclamar:

¡Ah venturoso Mauricio!
Ah infeliz Focas! ¿Quién vió
Que para reinar no quiera
Ser hijo de mi valor

Uno, y que quieran del tuyo
Serlo para morir dos? (1).

Tambien es terriblemente dramática aquella escena en que Julia se halla entre el cadáver de su hermano y su amante Eusebio, que le ha dado muerte, luchando con el amor y la venganza; y Eusebio, anonadado con su pasion y su pena, delante de su víctima.

En Calderon, además, se pueden ver muchos carácteres y situaciones, atendiendo á lo que los personajes sienten, piensan y hacen, y no á su manera de hablar; pues el gusto dominante en la época impedia que, por lo general, se expresáran adecuadamente los afectos: bien que Calderon, sin embargo, no dejó de mostrar en muchas ocasiones, que sabía expresarlos á maravilla. Aquel D. Gutierre, el que quiere ser *médico de su honra*, al sorprender á su esposa escribiendo al Infante y resolverse á matarla, dicta la sentencia, para que al volver de su desmayo la lea Mencia, en estas inimitables frases, que pintan admirablemente un gran carácter, y que por su fondo y su tremenda concision, no tienen igual ni en el Oteló Shakspiriano: «*El amor te adora; el honor te aborrece; y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida: cristiana eres; salva el alma, que la vida es imposible.*»

Esto me conduce á mencionar el cargo que se hace á Calderon, de castigar con fiereza la menor falta conyugal. Bárbaro y nada cristiano es, en efecto, que un marido mate á su esposa por una sospecha; pero, por lo visto, así lo pedia el inflexible honor de aquellos hombres, y no sé yó si se podrá achacar siempre á mayor virtud cristiana la blandura de algunos maridos de nuestro tiempo. D. Gutierre, además, tiene motivos para juzgar criminal á su esposa, aunque no lo sea, y lo mismo le sucede á D. Lope de Almeida con la imprudente Leonor de *A secreto agravio, secreta venganza*; y en cuanto al *pintor de su deshonra*, vé la afrenta con sus propios ojos.

Calderon, por otra parte, no falta á las conveniencias del decoro; y, salva alguna frase cruda que no se usa hoy, jamás peca de licencioso, ni hace asomar el rubor al semblante. Los asuntos mas

(1) Esta situacion fué copiada por Cornille en su *Heraclio*; aunque algunos criticos quieren, sin bastante fundamento, que se dude de la prioridad entre ambas obras.

delicados los sabe tocar con gran circunspeccion y decencia; y nunca, ni en las mas fieras audacias del crimen, ofrece el veneno para que se infiltre pérfido y halagador en el sentido. Nó; no temais ver en sus obras, ni Margaritas, ni Amelias, si siquiera Julietas; ni ménos Soles, Blancas ó Tisbes: ni aun en relacion os presentará escenas como las que hay en *Angelo*, *Triboulet*, *Fausto* ó *Los Bandidos*; y el más desatentado de sus amantes, no tocará en vuestra presencia la mano de su amada.

Quizá por eso gusta Calderon ménos de lo que debiera. El vicio tiene poderoso atractivo, y la flaqueza humana encuentra fácilmente grato y decora con el nombre de bello lo que halaga la pasion. Una mujer que cae, parece más interesante que una doncella virtuosa: y si, sobre todo, nos pintan con vivos colores su caida, presentándola con rasgos poéticos y circunstancias conmovedoras, poco faltará para que se la considere una heroína.

Al lado de esta literatura que poetiza la liviandad, y hermanada con ella, hay otra que busca el mal por el mal, y se apacienta de dolor y se abreva con lágrimas: literatura funesta, de que ya es parte la tragedia griega, presentando á los hombres víctimas de un ciego destino, sufriendo infortunios irremediables, y que tan gran desarrollo ha alcanzado en el neo-paganismo de la edad moderna; ofreciéndonos ya Shakspeare, y sobre todo Goethe, Schiller, Byron, Victor Hugo, el mismo Chateaubriand, y todo el llamado romanticismo, en ese funesto desfile de desventurados que llevan los nombres de Hamlet, Werther, Carlos Moore, René, Manfredo, Lara, Hernani, Ruy Blas, y otros mil, un conjunto de horrores crueles, de tristezas infernales, de crímenes sin(sancion) y de catástrofes sin remedio; viéndose dignificada, idolatrada la desesperacion; ó mas bien, lo que un escritor ilustre llama con enérgica frase la rebelion contra la esperanza.

Tampoco de este crimen es reo Calderon. Aparte de su Tetrarca, en que impera el fatalismo, pero cuya accion tiene buen cuidado de poner entre gentiles, sus más trágicos dramas tienen no sé que serenidad consoladora, y, en general, sus obras están bañadas de luz, y muestran visible la accion de la justicia; y lejos de conducir á la desesperacion, hacen confiar en la Providencia, y muchas veces se desenlazan entre celestiales alegrías.

A riesgo de abusar, señores, un poco más de vuestra indulgencia, debo ahora decir algo, y vosotros lo esperais sin duda, acerca de las composiciones teológicas de Calderon: género que merece singularísimo aprecio, y que no ha sido debidamente estudiado todavía. Los *Autos Sacramentales* son fruto exclusivo de la literatura española, y muy especialmente de nuestro gran dramático; pues aunque desde que el Papa Urbano IV instituyó la fiesta del Santísimo Sacramento, los pueblos la celebraban con representaciones religiosas, las pocas que se conservan ó de que hay noticia, no se refieren al misterio del día; y los Autos posteriores de Gil Vicente, Encina y Lucas Fernandez, y los anónimos del siglo XVI, y los mismos de Timoneda, Lope de Vega y Valdivielzo, no son tampoco dramas eucarísticos. Calderon es el que acertó á fijar esta tendencia, dando extraordinario desarrollo y realce al símbolo, que es medio que principalmente empleaba, para hacer visibles las magnificencias del amor divino.

Aquel pueblo, de cuya fé viva y ardiente había brotado el hermoso fruto de los Autos Sacramentales, los comprendía y los celebraba con gran pompa, haciendo de ellos una parte importantísima de la solemnidad del Córpus, y asistiendo á su representacion los reyes, los magnates, la corte toda, confundida con el pueblo en un mismo sentimiento de adoracion á Jesús Sacramentado. Pero despues, imperante el galoclasticismo, y quizá sobre todo, entibiada la fé, los Autos fueron tambien entregados al desprecio, y prohibida su representacion en tiempo de Cárlos III; sin que la rehabilitacion que el poeta logró en Alemania, alcanzase á sus Autos, tal vez porque los protestantes alemanes no los comprendieron ó no los sintieron; cosa no de extrañar, teniendo en cuenta que, como queda dicho, es un género exclusivamente español, que no tiene semejante—aunque algo parecido de lejos pueda hallarse en otras literaturas—en ningun tiempo ni lugar; y que hace falta la antigua, sencilla fé española, para comprender y sentir sus bellezas.

Los mismos escritores que, en nuestra pátria, han vengado á Calderon de los ultrajes que recibió en la pasada centuria, no se han fijado en los Autos Sacramentales. Aparte del magnífico trabajo sobre los autos en general de Pedroso, que lleva al frente el tomo de Autos de la Biblioteca de Rivadeneira, no se ha escrito acerca de los de Calderon más que el notable discurso leído últimamente por mi docto maestro el Sr. Canalejas en la Academia española; y ni siquiera se

han impreso todos los Autos calderonianos, ni se ha examinado cuáles lo son, entre los que se conservan inéditos en antiguos códices de Autos.

Injusto, sobre manera, es semejante desdén; pues, en mi humilde sentir, los Autos Sacramentales de nuestro poeta, son uno de sus más legítimos, si no su más legítimo título á la gloria, y una de las más ricas joyas de nuestra rica literatura.

No entraré en la cuestion de si el drama simbólico es una verdadera composicion dramática, y ocioso, despues de todo, me parece dilucidarlo. Ya se sabe que en los Autos no se representa la lucha de las pasiones humanas—aunque algo hay tambien de eso, y mucho en los historiales—sinó las misericordias divinas; y, por consiguiente, no pueden tener el interés sensible y palpitante del verdadero drama. Los Autos son la exposicion, en forma dramática, de las augustas verdades del dogma, especialmente de la caida y redencion del hombre, y de la institucion del adorable Sacramento de nuestros altares: de lo que Calderon llama

Fineza

De las finezas de Dios;
Grandeza de sus grandezas,
Milagro de sus milagros,
Clemencia de sus clemencias;

y el argumento es tan uniforme, que en el Auto *Lo que vá del hombre á Dios*, al ver que al principio aparece el hombre redimido, dice el *Placer*, cuando le preguntan por qué se entristece:

Pues ¿qué me ha de entristecer,
Sinó ver un argumento
Vuelto lo de abajo arriba?
¿No estaba en estilo puesto
Que empiece el hombre pecando,
Que acabe Dios redimiendo,
Y en llegando el Pan y el Vino.
Subirse con él al cielo?...

Esta es, en efecto, la trama uniforme de los autos alegóricos; por lo cual, hablando de los inconvenientes que de ello resultaban, dice Calderon: que «siendo siempre uno mismo el asunto, es fuerza caminar á su fin con unos mismos medios; mayormente si se entra en consi-

deracion de que estos mismos medios, siempre van á diferente fin en su argumento: con que á mi corto juicio, añade, más se le debe dar estimacion que culpa á este reparo; que el mayor primor de la naturaleza es que, con unas mismas facciones, haga tantos rostros diferentes: con cuyo ejemplar, ya que no sea primor, sea disculpa haber hecho tantos diferentes Autos con unos mismos personajes.»

Con harta modestia se expresaba el gran poeta al hablar así; pues los personajes de sus Autos varían muchísimo, y el asunto lo ha presentado de tan distintas maneras, con tan brillante colorido, con tan interesantes y bellas figuras, con poesía tan espléndida, que verdaderamente pasma y maravilla.

La Historia Sagrada, las Parábolas evangélicas, la Historia nacional, las tradiciones piadosas, las instituciones y costumbres cristianas, todo servía á Calderon para representar el misterio eucarístico; y se valió tambien del pensamiento y título de algunos de sus dramas, como *La vida es sueño*, *El Pintor de su deshonra* y *El Jardin de Jalerina*, y de las mismas fábulas mitológicas.

Si hay todavía quien esto último lo censure, tenga en cuenta que Calderon no lo hacía mezclando profanamente lo pagano con lo cristiano; antes bien mostraba, con alto sentido, el fondo de verdad que hay en los símbolos mitológicos, muy conocidos, por otra parte, del público de aquel tiempo.

La revelacion primitiva fué una para todos los pueblos, que descendientes de comun origen, recibieron tambien las mismas tradiciones, alteradas ó perdidas luego por la corrupcion y la barbarie. Así es que, aunque desfiguradas por los mitos, en todas las teogonías se hallan, más ó ménos confusas, las ideas de una caída, de una reparacion, de una vírgen madre, de un diluvio, de una serpiente enemiga, y otras muchas verdades; por lo cual preguntaba ya de Maistre, hablando de la revelacion primitiva: ¿qué verdad no se encuentra en la mitología?

Esto es lo que alcanzó á ver ya la penetrante mirada de Calderon, y lo que se dice quizá, en términos demasiado absolutos, en su Auto *El Sacro Parnaso*; añadiendo tambien el demonio en *El divino Orfeo*, hablando con la Envidia:

La Gentileza-Envidia,
Idólatramente ciega

Teniendo de las verdades
 Lejanas noticias, piensa
 Que á falsos dioses y ninfas
 Atribuya las inmensas
 Obras de un Dios solo, y como
 Sin luz de fé andan á ciegas,
 Hará con las ignorancias
 Sospechosas las creencias.
 ¿Cuántas veces se verán
 Los Poetas y Profetas
 Acordes, donde se rocen
 Verdades en sombra envueltas?
 ¿Quién más Faetonte que yó
 Que por gobernar la Excelsa
 Carroza del sol, caí?... .

Así entendido y explicado, como lo sigue explicando Calderon, el uso de la mitología, aunque por lo general soy tan enemigo de que la usen los poetas modernos, que no creo haber empleado jamás en mis pobres versos ni la palabra musa, no puedo censurar al gran poeta de los Autos; que en la fábula de Andrómeda y Perseo, por ejemplo, vé una princesa que, por haber presumido de valer tanto como las diosas, se halla expuesta á ser encadenada á los furores de un monstruo que vá á devorarla, siendo librada por Perseo, hijo de Júpiter, que la hace su esposa; y le ocurre aplicarla á la naturaleza humana, que peca por soberbia, y queda expuesta á las iras del demonio, hasta que es libertada por el Hijo de Dios humanado.

De esta manera ha presentado tambien Calderon en sus Autos, la fábula de *Psiquis y Cupido*, la de *Orfeo*, la de *Eco y Narciso*, la de *Pan*, y la de *Ulises y Circe*, en *Los Encantos de la Culpa*; escribiendo otro Auto de este género con el título de *El Sacro Parnaso*.

Aparte de los citados y del *Pastor Fido*, los Autos, segun queda dicho, son asuntos bíblicos, como *La Serpiente de metal*, *La piel de Gedeon*, *Las espigas de Ruth*, *La Cena de Baltasar* y otros muchos; evangélicos, como *La Semilla y la Zizaña* y *La Viña del Señor*; históricos ó tradicionales, como *El Santo Rey D. Fernando*, *La devocion de la Misa* y *El Cubo de la Almudena*; teológicos, como *A Dios por razon de Estado* y *Los misterios de la Misa*; de instituciones y costumbres cristianas, como *El año Santo en Roma* y *La Vacante general*; y púramente filosóficos y abstractos, como *El*

Veneno y la Triaca, La Burra y la Enfermedad y El gran Teatro del Mundo; pues la fertilísima fantasía de Calderon y su poderoso entendimiento, vencían con admirable facilidad toda suerte de dificultades.

Ya la composicion es dificultosa de suyo. Refiriéndose á la institucion de un Sacramento, que el respeto impedia llevar al tablado—pues, en efecto, jamás se representa la Sagrada Cena—tenia que valerse el poeta de hombres que le ensalzáran y reverenciáran, ó de símbolos que le explicáran; y este es el medio que generalmente empleó.

El símbolo Calderoniano es de una verdad, una vida y una riqueza incomparables, y la personificacion y la alegoría llegan en los Autos á lo maravilloso. La Sinagoga, la Gentilidad, la Iglesia, la Gracia, la Culpa, el Placer, el Pesar, la Hermosura, el Amor, el Poder; las leyes y los ritos; los vicios y las virtudes; los sentidos y las potencias del hombre; las ideas abstractas y los elementos de la naturaleza; todo se manifiesta vivo y personificado en los Autos, juntamente con los Patriarcas y Profetas de la ley antigua, con los Apóstoles de la nueva, con el Espíritu del mal, presentado en mil diferentes formas, y con las Potestades y Virtudes del cielo. No hay ser, no hay idea del orden físico, teológico ó metafísico, que no tenga allí su representacion; allí hablan los árboles y las flores, el aire y el agua, las estaciones, los meses y los dias, la lisonja y la discrecion, las ciencias, los empleos y los oficios; y hablan su lenguaje propio y característico, y se presentan con sus atributos distintivos, mostrando por alto modo, toda la vida humana con sus grandezas, luchas y caidas, y los atributos y las misericordias de Dios.

Y todo esto, reducido á simple y soberana unidad. No hay mas que Dios, Creador del universo y Redentor del hombre, á quien deja su Carne y su Sangre en un inefable Sacramento, para unir así indisoluble y perpétuamente la naturaleza humana á la naturaleza divina.

Las cosas creadas, dijo ya S. Pablo, representan las invisibles grandezas de Dios; y leyendo los Autos, diríais que Calderon las comprende, y que hay allí algo de inteligencia angélica que no entiende por medio del discurso, sinó intuitivamente, y que todo lo vé con admirable distincion y claridad. Aquí si que se puede decir con absoluto rigor lo que ya digeron los críticos alemanes: que para Calderon no hay sombras; no las hay en la tierra, ni en el cielo, ni en el infierno; no las hay en la cuna, ni en el sepulcro, ni en la vida: su fé poderosa todo lo adivina, todo

lô sabe, todo lo vé: no solo la Creacion y la Redencion, sinó lo que, segun las ideas divinas, representan los séres de la naturaleza. Dios crió el agua, como símbolo y medio del Sacramento de la vida; la luz, como reflejo de la verdad; el fuego, como imágen del amor; los árboles, para emblema de nuestra caída y de nuestra Redencion; la vid, para representar el misterio del amor divino; la espiga, para que Dios pueda convertirse en alimento del hombre; la oliva, para mostrar la suavidad de la gracia; las flores, para emblemas de las virtudes de María: todo es símbolo, todo es imágen del mundo, de lo eterno y suprasensible, y diríais que Calderon habia asistido á los divinos consejos, cuando del caos del no ser surgieron las criaturas á la luz de la vida.

Oid, oid, como se expresan Luzbel y la Culpa tratando de escrudiñar la formacion del hombre, para perderles. Sienten venir al Soberano Pintor, y van á esconderse, diciendo la Culpa:

	—No sé
	Dónde, que el verle dá asombro,
	Pueda esconderme.
LUZBEL. . . .	—Aquí hay
	A la márgen de este arroyo
	Una quiebra.
CULPA.	—En ella oculta
	Estaré; mas atrás torno
	Que no estoy bien junto al Agua.
LUZ.	—¿Por qué?
CUL.	Porque reconozco,
	Que el Agua, ¡ay de mí! ha de ser
	El antídoto piadoso
	De la Culpa.
LUZ.	—Estas hermosas
	Flores te escondan.
CUL.	—Tampoco,
	Que no veo en todas ellas
	Flor que con feliz adorno
	Otra flor no signifique,
	Que inspirada del Fabonio,
	No avasalle de la Culpa
	El Cierzo, el Boreas y el Noto.
LUZ.	—Entre estas mieses te oculta.
CUL.	—El mismo daño conozco.
LUZ.	—Entre estas Vides.
CUL.	—No puedo.

LUZ. —¿Pues por qué?
 CUL. —Por que en el oro
 De ambos granos, me parece,
 Que están Sagrados Tesoros
 De algun *Sacramento*, á quien
 Aun visto en sombras, me postro.
 LUZ. —Esas Olivas.
 CUL. —Tambien
 Han de ser materia de otro.
 LUZ. —Aquí está mi tronco cubierto
 De Hoja y Fruto.
 CUL. —Aqueste escojo
 A cuyos piés, como incauta
 Serpiente, que para el robo
 Se oculta, has de ver que yó
 Mañosamente me enrosco,
 Diciendo en mudos acentos,
 Si ya no es en silbos roncós,
 Que para acechar á Dios,
 No hay mejor sombra que un tronco.
 LUZ. —Y yó el árbol de la muerte
 Desde este instante le nombro.

(*El pintor de su deshonra*).

¡Hermosa manera de presentar á los ojos del pueblo las grandezas del simbolismo cristiano!

Y además de estos símbolos particulares, muestra Calderon otros que abarcan toda la vida: al hombre, engañado por las grandezas de la tierra, le enseñará en *El Gran Teatro del Mundo*, que no somos más que comediantes, que hacemos nuestro papel de pobres ó de ricos, de reyes ó de súbditos, y que pronto se acabará la comedia, y nos retribuirán ó castigarán, segun hayamos cumplido con nuestro papel: á los que, al ver el aparente desórden de males y bienes, se lamenten ó envanezcan de su fortuna, les hará conocer que *No hay más fortuna que Dios*, y que en todos los estados se puede ser venturoso: á los que se ensoberbezcan con su razon y pretendan escudriñar las divinas grandezas, les mostrará que *La Torre de Babilonia* produce confusion y ruina, y que el orgullo de Nembroth acaba miserablemente; y en *El Nuevo Hospital de Pobres* y en *El Nuevo Palacio del Retiro*, representará el remedio y asilo que dió la Redencion á toda suerte de grandezas y de infortunios.

El mundo invita á los elementos á que honren á la Naturaleza humana; y sale ésta, ricamente adornada, ofreciéndola sus dones todos los elementos, que cantan así:

	Viva, viva felice, Siglos eternos La gran Hija del Mundo Que hereda el cielo. Viva, viva felice, Y á sus piés puestos, Ofrézcanla sus dones Fuego, Tierra, Agua y Viento.
FUEGO.	—El sol desde su esfera, La ofrezca sus reflejos,
AIRE.	—Y templen sus ardores Del aire los alientos.
AGUA.	—El Agua, sus cristales . La sirva con espejos.
TIERRA. . .	—Y la Tierra con frutos Y con flores, diciendo:
TODOS Y MÚSICA	—Viva, viva felice, Siglos eternos La gran Hija del Mundo Que hereda el cielo, etc., etc.

La Naturaleza despues de celebrar su dicha, por querer ser igual á Dios, come la fruta que á peticion de Lucifer habia envenenado la Culpa; y en el mismo instante se turban y la combaten los elementos, y ella enferma hasta que se presenta el Peregrino, que la sana muriendo por ella, y dejándola en un manjar (La Eucaristía) el antídoto contra venenosos males.

No es este Auto de los mejor conducidos; y, sin embargo, tiene las bellezas que acabo de mostraros. Y en todos ellos hay grandezas y profundidades, no bien estudiadas todavía, que muestran á Dios buscando siempre la salvacion del hombre, y al espíritu de las tinieblas tratando siempre de perderle. Milton y Goethe han presentado al demonio en sus respectivos poemas, con dos caracteres, que se han hecho famosos. Calderon en sus autos le atribuye muchos, siendo difícil imaginar uno que no esté allí ya indicado, y admirablemente presentado algunas veces; dominando, claro es, en el ángel maldito, el

ódio á la naturaleza humana. Al ver en un Auto el hombre que no hay en el mundo las delicias que Luzbel le habia prometido, y que todo acaba pronto en la sepultura, le dice:

HOMBRE.	¡Ay de mí triste! ¿Nó eres tú el que me digiste Que aquí delicias buscaste?
LUZB.	—Sí.
HOM.	¿Para qué me engañaste?
LUZ.	¿Para qué tú me creiste?
HOM.	¿Luego no era verdad?
LUZ.	—Nó. Si no sombra y vanidad, Porque si fuera verdad No te la dijera yó. Pues ya que sombra se vió, Por qué no dura en su sombra?
LUZ.	—Porque Flor breve se nombra La gloria del mundo vana, Que apenas vé la mañana, Cuando la noche le asombra; Por ser su edad tan ligera, La ofrece para no darla, Que si hubieras de gozarla, Quizá no se la ofreciera; Que es un rencor de manera, Que aun el gusto mas injusto Dársele al hombre no gusto: Y así, al que puedo lograr Que le condene un pesar, No ha de condenarle un gusto.

(Año Santo de Roma).

Ni el Satanás del *Paraíso Perdido*, ni el Mefistófeles de *Fausto*, dicen nada que exprese mejor la diabólica malicia. Y aquí no se trata de un poema trabajado con cuidadoso esmero durante largos años, sinó de un modesto Auto Sacramental, hecho á la ligera para representarse en la plaza pública, por un hombre que escribió otros ciento del mismo género y más de otras cien obras dramáticas, sin pensar siquiera en que se imprimiesen.

Los Autos, por último, tienen los más variados tonos y las más ricas formas de la poesía, y están llenos de soberbias descripciones de la Creacion, el diluvio, las plagas de Egipto, el paso del mar Rojo, la muerte de Jesús, la irrupcion de los árabes en España, el fin del mundo y otros grandiosos cuadros; conteniendo además, traducciones ó paráfrasis del *Benedicite*, del *Magnificat*, y de otros himnos sagrados y salmos del Profeta-Rey.....

Pero es preciso terminar, aunque este pobre trabajo quede incompleto. La ocasion y el objeto convidaban á mucho y exigían mucho. Yo no he podido hacer sinó un torpe esbozo, de asunto que merecía un gran cuadro. Atendiendo á mi buena voluntad, vosotros me lo perdonaréis, permitiéndome que, para concluir, repita lo que ya digeron Ayala y Canalejas en sus discursos acerca del gran poeta: que conviene estudiar á Calderon en estos menguados tiempos de escepticismo y de rebajamiento moral: tiempos tristes, de que, con aquellos escritores, se lamentan, no ya misioneros franciscanos, sino los Castelar, los Moreno Nieto, los Nuñez de Arce, que ven «quedarse sin luz las altas cimas del alma» y claman contra «el oleaje escéptico y sensual que todo lo invade.» ¡Oh! si el centenario de Calderon significase ó produjera verdadero amor á las grandes ideas y virtudes ensalzadas por el gran dramático!.....

Vivimos rodeados de mortales negaciones, y en Calderon todo es fé: nos acosa la negra duda, y allí todo es luz; miramos inquietos y temerosos lo porvenir, y en él todo es confianza; vemos la pátria rebajada y desgarrada por tumultuosas banderías, y en Calderon todo es patriotismo; la perfidia y la traicion se ostentan insolentes por todas partes, y en él brilla glorificado el honor; están rotos los lazos sociales, los de la amistad, los de la familia, y allí no hay falso amigo, ni mujer infame, ni pobre sedicioso y turbulento; no nos podemos fiar del compañero, del deudo, del hermano tal vez, y en Calderon veis ennoblecida la dignidad del hombre, sagrada la hospitalidad, inviolable la palabra empeñada al mayor enemigo; nos arrastramos por el fango de todas las concupiscencias, sin mirar á lo alto, y allí vemos á las almas tender á su divino centro y á los corazones henchidos de sueños de gloria y de inmortales esperanzas.

Oh! poeta verdaderamente soberano! Busque una crítica men-

guada ó superficial los lunares de tus obras! Nuestro corazon se embelesará, en tanto, en sus arrobadoras bellezas, y nuestra lengua te proclamará gloria del siglo que te produjo, del pueblo que te comprendía, de la pátria que te dió su nobleza, de la Religion que te infundió su espíritu y del linaje humano que honras con tus escritos y tus virtudes.

HE DICHO.

DISCURSO

DE

D. GERARDO VAZQUEZ DE PARGA Y MANSILLA,

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

y

LICENCIADO EN CIENCIAS FILOSÓFICAS Y EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO.

Alto. Señor:

Honra para mí inesperada por inmerecida y grande es, la que, en este dia de general regocijo logro con llevar la palabra de ésta por tantos títulos gloriosa Escuela, habiendo de contribuir por eleccion vuestra á traer á la memoria los triunfos alcanzados en la escena española por el eminente poeta D. Pedro Calderon de la Barca, con notoria justicia aclamado príncipe de los dramáticos españoles, y ensalzado hasta los mismos cercos de la luna. Jamás me desvaneció el amor propio con seductora falacia, ni fué poderoso á engendrar en mi pecho el deseo de esta tan honorífica distincion, ni en mis sueños codiciada; porque no me cuento en el número de los dignos de tanta ventura, ni me tengo por capaz de acometer con éxito tan árdua empresa, que ciertamente no osára tomar á mi cargo, si el respeto debido á vuestros acuerdos, y la dulce violencia del amor que, como todos vosotros, profeso á esta nuestra veneranda madre, no hubieran rendido por entero mi alvedrío.

Mas por subida que sea la excelencia de estos afectos, no puede seguramente suplir la esterilidad de mi humilde ingenio, poco ejercitado en estas fiestas académicas, ni el deseo más vivo y mejor encaminado basta á lograr el lucimiento, que este caso requiere, y que cualquiera de vosotros, y no yó, hubiera alcanzado, respondiendo cumplidamente á lo que reclaman los timbres de esta renom-

brada Universidad: tanto más, cuánto que me sobrecoge el temor de tocar ún argumento tratado por elocuentísimos escritores, y sentar mi planta en este palenque, donde han alardeado de claro entendimiento, de correcto gusto, de sentimiento delicado y de vastísima erudicion tantos y tan doctos varones.

Túrbame, pues, congojosa zozobra en este apretado cerco, que me tienen puesto las angustias, que me oprimen; y de cierto desmayaría mi ánimo, si en tan extremada situacion no brillára á mis ojos la esperanza que cifro en el interés que cuanto toca al ínclito Calderon despierta en los pechos españoles, así por la grandeza de tan renombrado ingenio, como por la inimitable maestría con que pintó en sus inmortales poemas escénicos la civilizacion y cultura de nuestros gloriosos progenitores.

Aquí fué donde Fernando de Rojas llevó á feliz término *La Celestina*, y se criaron Juan de la Encina y Lucas Fernandez, hijos de esta tierra, que contribuyeron á la creacion del Teatro español; y aquí, en esta celebérrima Escuela, penetró las más recónditas especulaciones y profundidades de la Filosofía y de otras ciencias aquel, que por la soberana disposicion de los Cielos y las peregrinas dotes de su ingenio, había de levantar el arte dramático español al subido punto de su apogeo, siguiendo el rumbo del gran Lope de Vega.

Con la gloria del ínclito Calderon está unida la de esta docta Academia; porque en estas aulas se iluminó más y más aquel entendimiento gigante, y porque las sábias doctrinas de sana Filosofía y de otras facultades que aquí atesoró, constituyen parte muy principal de aquel caudal riquísimo, con que avaloró sus dramas, esmaltándolos con profundas sentencias de sagrada Teología, máximas de Moral bienhechora, principios de discreta política y apotegmas de los hombres más célebres de la docta antigüedad. ¡Hermosas obras estas de Calderon, donde como en vistosa ataugía aparecen las preciadas doctrinas que aprendió en esta Escuela, artísticamente combinadas con sus altas inspiraciones y con los generosos sentimientos, que enaltecian el carácter del pueblo español de aquellos siglos de oro!

La fé religiosa que dió aliento á nuestros padres para poner bajo su espada vencedora la cerviz de los agarenos, y clavar el pendon de Castilla en las torres de la gentil metrópoli de los Naceritas, sometió el honor al imperio de la moral; y, espiritualizando el amor de la mujer, que los germanos endiosaron, purgó los zelos de la vil

escoria de la sensualidad, y creó el mundo caballeresco, centro de las almas superiores, de donde recibieron inspiraciones inagotables cuantos se afanaron por merecer el envidiable lauro de poetas populares.

Esta fé heredada de nuestros mayores imperó en el ánimo de Calderon, su ferviente devoto como español y como poeta: ¿Porque quién lo conoció, que no le abriese su pecho? ni ¿Quién probó su dulcedumbre, que no la tuviese por el verdadero talisman de nuestra ventura? En sus levantadas cumbres gozó el poeta exencion de las congojas de la duda, y desde allí contempló, como dijo Schelégel, los azares de la vida y las deshechas borrascas del mundo, que pintó con imperturbable serenidad.

Yerro grave cometió el dealumbrado Sismondi, tan justamente censurado por F. W. von Schmidt, tildando á Calderon, porque exaltó, en *La Devocion de la Cruz* y en *El Purgatorio de San Patricio*, la inmensidad de la divina misericordia y la eficacia del arrepentimiento, que abre los alcázares de la gloria eterna; pero no andaría más acertado, quien pensára de este poeta que, por apacentar su ánimo en los amenos vergeles de la fé, desconocía la excelsitud de la razon humana, menospreciaba su luz encendida por manos divinas, y no la reconocía como verdadera soberana en su legítimo imperio. Muy por el contrario, aquel perspícuo entendimiento no hubo menester de las alas de la fé para elevarse á la contemplacion del Supremo Hacedor, porque en los bosques frondosos, en los amenos valles, en las empinadas sierras y en las extendidas llanuras, como en las rizadas espumas de los azulados mares, y en los claros y serenos Cielos, leían sus ojos el nombre adorable de Dios, Creador de tantas maravillas. Por esta razon dice con fundamento Baumstark: «La propiedad principal de Calderon es la profundidad con que considera la naturaleza, y el primor con que la representa.... La magnificencia del Cielo estrellado de España, la brillantez y hermosura de las flores, la esbelteza de las palmeras, la densa sombra de los cipreses, el murmurio del *sagrado mar* y las apasionadas endechas del ruiseñor, todo lo contempla con entusiasmo el poeta, y lo pinta vivificado por la idea de Dios.»

En el sereno espíritu de Calderon se unieron, por altísima manera, la fé divina y la razon humana, sin que su claridad se amenguase, ni su vigor padeciese menoscabo en este amoroso consorcio, como lo publican con irresistible elocuencia, entre otras obras suyas, las precio-

sas comedias intituladas *La Vida es Sueño* y *El Mágico Prodigioso*, que tan acertadamente calificó de filosóficas el elegante escritor y laborioso académico Sr. Escosura, y que con razon son tenidas por obras maestras en toda la república de las letras.

La primera de estas joyas del arte goza en España de la comun admiracion, como cuando salió á la luz pública, y eso que son tan distintos de aquellos tiempos estos que alcanzamos, habiendo volteado tan sin cesar la rueda de la fortuna, que á su placer muda las cosas humanas; pero *El Mágico Prodigioso*, que arrebató los ánimos no há mucho en la docta Alemania, cayó aquí como en olvido, y apenas saborean hoy sus bellezas y quilatan su raro valor los eruditos, los críticos y los cultivadores del arte, que con loable empeño se consagran á mantener incólume el resplandor de nuestras glorias literarias. Con sobrada razon, mi dignísimo compañero, el Sr. Sanchez de Castro, despues de historiar á grandes rasgos en el elegante discurso que acabamos de oir, las vicisitudes del arte dramático, ministrándonos la delicada esencia de la poesía Calderoniana, extraida de sus más preciadas obras, ha fijado la atencion con particular empeño en las dos producciones mencionadas, por todo extremo dignas de alabanza.

Lo profundo de las sentencias, lo provechoso de las enseñanzas, junto con las galas de la fantasía, la gentileza del estilo y la seductora armonía de la versificacion, abrillantan estas dos comedias, que bastarían á poner en subido punto la gloria de este poeta, acreditándole de gran ingenio y profundo pensador. En *La Vida es Sueño* pinta las grandezas caducas de la tierra, representa bajo el velo de poética parábola las falaces ilusiones de la vida, y doctrina sábiamente á la necesitada humanidad, enseñando, como observó el crítico Schmidt, que á ejemplo del príncipe Segismundo que vence el malhadado influjo de las estrellas, debemos los demás triunfar de nuestra propension al mal, sometiendo nuestras miserables pasiones al imperio de la razon. En *El Mágico Prodigioso* diseña con raro primor la feliz armonía de la razon y de la fé, porque, sin agravio de ésta, realza el poder de aquella, simbolizado en Cipriano, que tan desengañado de las vanas divinidades del Olimpo, como pagado de la Filosofía, se entrega á hondas meditaciones; y persiguiendo con ánsia la estela luminosa, que dejaron en su mente las palabras de un escritor latino, logra descubrir, siguiendo su discurso, la existencia de un Dios Om-

nipotente, Bondad Suma é Infinita Sabiduría; y tan escabroso problema lo resuelve el poeta, sin menoscabar la doctrina profesada por la Iglesia, sin debilitar el poder del poema dramático con reflexiones vanas ni pensamientos importunos, como advierte el crítico alemán Rizenkantz.

Maravilla causa esta produccion, que es un verdadero prodigio del ingenio; y crece más la admiracion que inspira, cuando más se penetra en el fondo de su pensamiento, y, descubriendo su delicada trama, se advierte cómo al lado de la doctrina consoladora del dolor que borra la culpa y purifica, de la lucha que acrisola las virtudes, de la gracia que fortifica, y de la virginidad que transforma á la mujer en un ángel cautivo en la tierra, se muestra el poder legítimo de la razon humana, capaz de elevarse por sí á la consideracion de verdades tan altas y trascendentales como la unidad de Dios, feliz término de las ánsias de Cipriano. Para el desarrollo de este grandioso pensamiento tomó Calderon el tema de un pasaje de Plinio el Naturalista, que dice así: *Quapropter effigiem dei formamque quarere imbecillitatis humanae reor. Quisquis est deus, si modo est alius et quacumque in parte, totus este sensus, totus risus, totus auditus, totus animae, totus animi, totus sui*, y que es el alma de esta obra, donde, con la elegancia propia de su ingenio, ilustra el poeta las palabras del escritor latino, descifrando su enigmático sentido. Esto solo basta y sobra para que la crítica consagre preferente atencion al estudio de este drama; pero sube de punto el interés que inspira á los amantes de las bellas letras, cuando, como lo ha hecho el Sr. Sanchez de Castro, se considera su semejanza con la tragedia de Goethe, intitulada *El Fausto*, con sobrada razon admirada en toda la Alemania.

Aunque no ha faltado quien, como el Sr. Ochoa, niegue la semejanza del poema del *Vate de la Côte* de Weimar con la comedia del teólogo de Madrid, como Ghilarte Charles llamó á Calderon, es justo confesar la analogía de ambas producciones, reconocida por escritores notables, que han denominado Fausto español al Mágico Prodigioso; pero ni Goethe imitó á Calderon, ni se puede desconocer que la tragedia tudesca se diferencia notablemente de la comedia española, llevando, como llevan, estampada la originalidad de sus autores; porque nada más contrario á la ortodoxia de Calderon, que las doctrinas del cantor de Carlota abandonado á merced de los vien-

tos del filosofismo, ni nada más opuesto al orgullo olímpico de Goethe, que la humildad del piadoso poeta español, que, siendo el asombro del mundo, dijo de sí mismo al trazar su retrato:

Preñada tengo la frente
Sin llegar el parto nunca,
Temiendo dolores todos
Los crecientes de la luna.

Por esta razón, sin mengua de la semejanza de ambos poemas, despuntan los contrastes desde las primeras escenas. Cipriano, en quien la Filosofía, favorecida por la moda de los tiempos del emperador Decio, había roto la óptica del paganismo, meditando en un bosque, *laberinto de árboles, flores y plantas*, sigue con afán la luz que vislumbraba en las palabras de Plinio; y cuando estaban á punto de coronarse sus deseos, le sale al paso el demonio, que, desesperanzado de rendir con sofismas á Cipriano, le abrasa, encendiendo en su pecho el amor de Justina, hechicera beldad sometida por el poder del Altísimo á la persecucion satánica, para que en este crisol se acendrasen sus virtudes. Como en esta obra gallardea la pujanza de la razón, que se levanta rauda á tan elevadas regiones, en el Doctor Fausto, sepultado entre volúmenes de rancio pergamino cubiertos de polvo, y encerrado en su gótico estudio escásamente alumbrado por la mustia y turbia luz, que á duras penas penetra por los pintados vidrios de la ventana, se vé simbolizado el doloroso desengaño, de quien al cabo de fatigas incesantes, de continuos desvelos y desasosegados insomnios, exclama con amargura diciendo como aquel:

¡Ahora conozco que nada podemos saber!
¡Und' sehe dass wir nichts wissen koennen!

El Mágico español tocaba la linde de la verdad, mientras que el Doctor alemán alcanza tan sólamente como galardón de sus afanes el triste convencimiento de la mísera impotencia de la humanidad; pero su desencanto no es para confundido con su vulgar excepticismo, en que tan fácilmente dá la soberbia de muchos indoctos, que desoyen los avisos de los discretos y se asesoran de su desalumbrada insipiencia. Fausto ambicionaba la posesion de más verdades que encierra el tesoro del saber humano, codiciaba riquezas, honores y placeres; anhelaba mecérse en las alas de los vientos sobre frescas alamedas y altas

montañas, y cruzar las soledades del Océano: en una palabra, aspiraba á levantar el velo de la antigua Isis, penetrando sus misterios; y lo que raya en los últimos términos de la audacia, se desvivía por el señorío de las fuerzas creadoras de cuantas maravillas nos suspenden y arroban.

Satanás contraría á Cipriano, sujetándole al yugo de la pasión, para que no rompa las cadenas del error, mientras que cede á los violentos deseos de Fausto, ya esclavo suyo, y despues de rejuvenecerle, destila en sus venas la ponzoña de la sensualidad, y abre ante sus ojos un mundo de deleites, donde aparece Margarita coronada de cabellos blondos como los pálidos resplandores que derrama el sol en los climas del norte.

Justina embriagada por el perfume de la azucena virginal, se consagra á conservar inmaculada la pureza de su alma en el vaso frágil de nuestra frágil naturaleza; y amparándose de la oración, cubre su pecho con el broquel de la divina gracia: por el contrario, la infeliz Margarita, aunque inocente y todo, no acude al cielo antes de caer en la culpa, sinó que se deja arrastrar por la pasión, cediendo sin resistencia al hechizo de Fausto, que la fascina.

Tan principal y de tan ilustre condicion es Justina, que Cipriano contesta á Floro y Selio, diciendo:

..... al nombrarla
He conocido cuán pocas
Fueron vuestras alabanzas;
Que es virtuosa y es noble.

Por el contrario, Margarita no se meció en cuna noble, ni gozó de fuero de hidalguía; y por ésto, cuando el enamorado Fausto, viéndola cruzar la calle como seductora imágen fingida por el deseo, le ofrece su brazo, la sencilla jóven contesta con una ingenuidad encantadora:

No soy hermosa, ni noble.
Bin weder Fraculein, weder schoen.

El amor de esta hechicera criatura constituye sólamente un episodio de la tragedia del poeta alemán; pero en el drama de Calderon, la pasión que Justina inspira á Cipriano, á quien suspende y enajena tan peregrina beldad, es el centro del movimiento dramático, donde,

como en un foco convergen el amor de Cipriano, el odio de Satanás y la incontrastable virtud de la doncella cristiana, tan felizmente combinados, como requiere el interés de la fábula ideada por tan gran poeta.

No penetra Cipriano, como Fausto, en las regiones medrosas de espíritus y espectros, ni arriba en la noche fantástica de Walpurgis á las temerosas cuestas del Brocken pobladas de hechiceras, ni vé ondinas nacidas en los tranquilos lagos, ni sílfides vaporosas ceñidas de resplandores, ni tampoco gnomos bañados por la melancólica luz de la luna en medio del silencio de la noche y de la imponente majestad de los bosques. Semejante episodio no cuadraba con el pensamiento de Calderon; pero venia de perlas al designio de Goethe, que no se limitó á pintar ese mundo fantasiado por la imaginacion de los pueblos del norte, sino que evocó la antigüedad clásica con su hermosísima Elena, símbolo de la venustidad y acabada perfeccion de la forma, y rasgando el velo de los misterios paganos, sacó á plaza aquellas recónditas doctrinas panteistas, que, como arcano impenetrable á los profanos, custodiaban los sacerdotes de Grecia y Roma, y que matizan y tornasolan la famosa obra del cantor de Werther.

Al lado de estos y otros contrastes, pues no es del caso apurarlos todos, brillan, como la luz á la linde de las sombras, los rasgos en que ambos poemas dramáticos se asemejan. Suministró la historia al poeta español los tipos de Cipriano y de Justina, cuya vida y gloriosa muerte se refieren con encantadora sencillez en las actas de los mártires; como plugo al vate germánico inspirarse en la tradicion de Fausto, estudiante aventurero de Witemberg, que se dió con delirio á las ciencias ocultas, y dispó su vida en locos devaneos y ruidosas orgías, hasta que espiró en el fragoso estrépito de una tormenta.

Cipriano, en quien el enemigo de los hombres atiza el fuego de la pasion con el odioso intento de perderle, se olvida del estudio y, abandonándose al furioso torrente del amor, *porque digan que es homicida de ingenio*, acude á las reprobadas artes del infierno, ansioso de poseer la codiciada hermosura de Justina. Fausto, de quien eran soberanas la sensualidad y la soberbia, que suelen andar juntas, se entrega á Mefistófeles, deseoso de apagar su insaciable sed de placeres; y lo mismos el Doctor aleman que el Mágico de Calderon, venden sus almas á Satanás, por llevar á sus lábios la falaz copa de amargos deleites.

La perfidia de Mefistófeles, que se burla de Fausto, á la par que

halaga sus pasiones, y la astucia del demonio, que aviva sagazmente la curiosidad de Cipriano, alardeando de maestría en las ciencias ocultas y de poder tornar los desencadenados vientos de la tempestad en suaves brisas y regalados favonios, si ocasionan la caída de ambos personajes, más que nada patentizan la impotencia del infierno, el soberano poder de la divina clemencia y la excelsitud de la naturaleza humana, que, con el amparo del Cielo sale triunfante de tan fiero combate, salvándose del espantoso naufragio de la culpa.

Cuando la infortunada Margarita, despues de ceder á los p rfidos deseos de su apuesto galan, sintió la conciencia atarazada por remordimientos, y comenzó á verter las lágrimas que calman las angustias de la culpa y abren el corazon   la dulzura de la esperanza, temeroso el espíritu del mal de perder su conquista, asedi    la atribulada jóven; y el poeta aleman pinta la magnífica escena, en que las sugerencias infernales se combinan maravillosamente con los imponentes versos del *Dies irae* y las austeras y majestuosas notas del órgano, que retumban bajo las elevadas bóvedas de la Iglesia.

Como el dolor de Margarita, pesarosa de su caida, irritaba el  odio inestinguible de Satanás, lo mismo le enfurec  la virtud inquebrantable de Justina, *firme roca   tantos mares*, segun la elegante frase de Calderon; y por esto, ansioso el enemigo de empeñar la candid sima pureza de la vírgen cristiana y de cumplir el trato negociado con Cipriano, consumando su obra de perdición, ordena   los espíritus lascivos que fascinen   la combatida Justina, y valiéndose de infernales prestigios, la cerca de las mágicas ilusiones de la pasión. El ruiñeñor amante que salta de rama en rama, la vid frondosa colgada del tronco que abraza, el girasol que bebe ansioso la luz del astro del día, y toda la naturaleza no ofrecen   los asustados ojos de Justina, sinó incentivos y despojos del amor; pero Margarita, que no desespera de su salvación, y Justina *que vence con no dejarse vencer*, triunfan valerosamente de Lucifer y subliman la poderosa eficacia de nuestro libre alvedrío.

Han dicho que el Mefistófeles de Goethe, como el demonio de Calderon y los de Ruteboeuf, Marlorre y Lermontoff, son de menos rango que los diablos del Dante, del Tasso, de Vondel, de Milton y de Klopstoch, porque en las creaciones satánicas de aquellos poetas no resplandece como en las de estos, la descomunal protervia del arcángel rebelde; pero aunque Lucifer toma en el Fausto las apariencias

de Mefistófeles y en *El Mágico Prodigioso* se disfraza de estudiante y de náufrago, bien se descubre su soberbiosa condicion. La muestra en la tragedia alemana, cuando escribe en el álbum, que le presenta un estudiante, la sentencia de la antigua serpiente; y más aún, cuando se empeña locamente en luchar con los ángeles que, derramando rosas celestiales que caen sobre él, como lluvia de fuego, le atormentan, hasta que desesperado se precipita en los profundos abismos. No disimula más el demonio su natural en el drama Calderoniano, sino que hace alarde de su excelsa alcurnia é indomable arrogancia cuando dice:

Cuyo aplauso generoso
Me dió tan grande soberbia,
Que competí al régio sólio,
Queriendo poner las plantas
Sobre sus dorados tronos.

.....
Más quiero, en mi obstinacion,
Con mis alientos briosos,
Despeñarme de bizarro
que rendirme de medroso.

.....
De su córte, en fin, vencido,
Aunque en parte victorioso,
Salí, arrojando venenos
por la boca y por los ojos,
Y pregonando venganzas,
Por ser mi agravio notorio.

La infinita bondad de Dios, que derrama el bálsamo de su misericordia en los corazones penetrados de santa compuncion, brilla en ambos dramas: Margarita, anegada en un mar de amargura, clava en los Cielos sus anublados ojos, y, vislumbrando la luz inefable de las divinas esperanzas, exclama al abandonar este mundo:

Dein bin ich Vater! Kette mich!
Tuya soy, Padre mio, ¡salvadme!

y se remonta á las purísimas regiones de la eterna bienandanza. Al mismo término llegó Calderon por diferente derrotero; porque Cipriano sintió que se caía de sus ojos la venda que se los cubría, cuando, auxiliado de Satanás y despues de recurrir á cuantos conjuros había aprendido cursando la mágia, no logró poseer el tesoro de beldad que

codiciaba, si no abrazar, como el ilustre sevillano Vazquez de Leca, un medroso esqueleto que con fatídico acento le dijo:

Así Cipriano son
Todas las glorias del mundo.

Vió entónces el desengañado mancebo la luz, que su razon necesitada al ejercicio por las palabras del naturalista latino, había divisado, y, luchando esforzadamente con el demonio, que como Mefistófeles á Fausto, le reclamaba por suyo, mostrándole el título de su señorío en la sangrienta cédula de servidumbres, prosigue su interrumpido razonamiento, y, confundiendo á Satanás, deduce de las mismas respuestas de este ya perturbado espíritu la confirmacion de cuanto acerca de la naturaleza de Dios había columbrado en sus anteriores meditaciones, diciéndo:

Luego sólamente es uno,
Pues con una voluntad
Obra más que todos juntos.

.
Luego ese es suma bondad,
Pues que no permite insulto.

.
Luego ese Dios todo es vista,
Pues vió los daños futuros.

.
Luego ese Dios todo es manos,
Pues que cuanto quiso pudo.

Con todo este primor terminó D. Pedro Calderon de la Barca el comentario del notado pasaje de Plinio, que en esta tan meritoria produccion engastó artísticamente, como piedra preciosa encincelada orfebrería; y sienta á las mil maravillas, á la grandeza de esta comedia y á la no menor de la tragedia de Goethe un fin extraordinario y sobrenatural, porque con una accion que impulsan y aceleran las potencias del abismo cuadra un desenlace sobrehumano, en que intervengan directamente las potestades del Cielo; y á esta, al parecer exigencia del buen gusto, respondieron cumplidamente tan egrégios poetas. Por esta causa, cuando Cipriano, libre de las garras de su tenebroso enemigo, merced al amparo que le prestó el Altísimo, dá glorioso testimonio de la fé cristiana, derramando su sangre con la castísima Justina, el dragon in-

fernal, cediendo despechado á la omnipotente voluntad de Dios, pregonar la dicha inefable de ambos mártires en estos términos:

Y los dos, á mi pesar,
A las esferas subiendo
Del sacro sólio de Dios,
Viven en mejor imperio.

La tragedia del poeta aleman, que comienza como el libro de Job en las alturas inaccesibles que habita el Eterno, termina tambien en las fulgurantes regiones del Empíreo. Los ángeles, tomando en sus purísimas manos el alma de Fausto, la conducen en medio de los cánticos de los coros inmortales á la presencia del Señor; y aquel mísero mortal, entregado á tantas abominaciones, se vé redimido en medio de las ráfagas de la luz de la divina gracia, y de los candidísimos resplandores de la Vírgen Inmaculada, cuya piedad imploran las pecadoras arrepentidas, mezclando sus acentos con las del himno suavísimc dirigido á la excelsa Reina del Cielo, que en dulzura compite con aquella cancion del Patriarca, que dice:

Vergine saggia e del bel número una
Delle beate Virgine prudenti;
Anzi la prima, e con piú chiara lampa
O saldo scudo dell' afflitte genti
Contra colpi di morte e di fortuna, etc.

Con los cánticos del Empíreo se mezclan en esa bellísima escena, las plegarias de la tierra, y con los acentos de los ángeles, los abrasadores suspiros de los cenobitas arrebatados en éxtasis amoroso, quedando al olvido por un momento los extravíos filosóficos del poeta, parecen inspirados por las apasionadas frases de la seráfica doctora de Avila, ó por aquellos versos que revelan el fuego del amor místico que abrasaba el pecho de la discretísima hija del gran Lope de Vega, Sor Marcela de S. Félix:

A mi amado le digan
Que aquí me tiene,
Y que trate á su esclava
Como quiere.
Diganle que le busco
Sólo por amor,

Sin que quiera más precio
que verme penar.

Goethe, aunque tildado por unos de excéptico, y de pagano por otros, dijo que la ciencia y la fé no sirven para negarse la una á la otra, sinó para completarse recíprocamente; y mostró en *El Fausto* cómo, á semejanza de los rayos del sol, rompian los de la verdad revelada las nieblas, que desde la sima del panteísmo se levantaban hasta las serenas alturas de su espíritu: por el contrario Calderon, que rendía pleito homenaje á la fé de sus mayores, probó en *El Mágico Prodigioso*, cuán dignos son de respeto los legítimos fueros de la razon humana.

Tarea interminable sería la de sacar á plaza y quilatar todos los primores, con que el ingenio esmaltó estas dos obras selectas; baste por lo tanto en esta ocasion dejar sentado, que son muchos y de subido precio los que avaloran esta obra de Calderon, tan divinamente fantaseada y con tan extremada discrecion acabada, y que cautiva á los amantes del arte por la delicadeza de la trama, por el interés de las situaciones, por la sutileza del discurso y agudeza de los conceptos, y por la deleitable armonía de los versos, que, como canto irresistible de sirenas suspende y arrebatá.

A vueltas de tantas bellezas, brillan en este poema escénico cuadros pintados con vivísimos colores y simpar maestría, como el de la tempestad que ruge, abortando relámpagos y rayos, y revolviendo el mar, que

..... sobre nubes se imagina
Desesperada ruina,
Pues cresco sobre el viento en leves plumas
Le pasa por pavesas las espumas.

Razon es reconocer con Latour, que esta magnífica cronografía aventaja á todas las pinturas de borrascas legadas á la posteridad por los favoritos de las musas clásicas; pero justo es confesar, que un mar que amenaza airado tocar en las nubes, despierta el recuerdo de aquellos versos:

«¡Me miserum, quanti montes voluntur aquarum !
Jam jam tacturos, sidera summa putes,»

del infeliz poeta desterrado en las playas inhospitalarias del Ponto Euxino. Con esta compiten otras descripciones, como la delicadísima del amanecer, y sobre todo aquella acabada alegoría que cubre como transparente velo la historia, que de su vida refiere Satanás, donde el poeta rivaliza con Milton y supera el mérito de los versos citados por Putman, que el Tasso pone en boca del príncipe de las tinieblas:

Fummo (io nol nego) in quel conflitto vintti:
Pur non mancó virtute al gran pensiero.
Ebbero i piu felici allor vittoria: ect.

¡Tanta es la altura á que se remonta Calderon en esta comedia, que para su representacion requiere, en sentir de Philarete Chasles, para Teatro digno de su grandeza las espaciosas naves de una catedral gótica!

Dryden dijo, que el poeta popular que dá al olvido los sentimientos y creencias nacionales, es una llama pintada; pero Calderon no es sinó llama viva que ilumina y abrasa; y por lo mismo que se mostró español castizo en todas sus producciones, la crítica de censores sistemáticos le acusó de no haber empleado colorido histórico en sus obras, con lo que desconocieron que el genio popular se asimila todos los elementos que recoge, y les imprime su originalidad, vaciándolos en su propia turquesa. A esta ley constante del arte popular obedeció Lorenzo de Segura, convirtiendo al hijo de Olimpias, en un caballero á la usanza de la edad media: no otra cosa hicieron los trovadores, cuando transformaron al travieso cupido en un doctor grave con su capirote de armiño; y como estos, acató Calderón el imperio de tan soberana disposicion, lo mismo en *El Mágico Prodigioso*, que en las demás producciones de su ingenio. Se refleja en todas la vida del pueblo español; pero en esta toman plaza á su vez los recuerdos de los floridos años del poeta, que se deslizaron dulcemente en esta moderna Atenas, donde tal vez la desconocida Clori, que presta vida á la donosa poesía inspirada por el Tórmes, cautivo en las heladas prisiones del invierno, descubrió á los ojos del mancebo los mágicos horizontes del amor. Y si á Emilio Chasles plugo, no sin razon, contemplar en la casa del ingenioso Don Quijote, hidalgo de los de lanza en astillero, rocin flaco y galgo corredor, la pintura del honrado hogar que prestó paternal sombra al inmortal Cervantes en los primeros años de su vida: ¿Por qué no descubrir en el Cipriano de Calderon al estudiante de Salamanca? La ar-

gumentacion sostenida con el demonio es como recuerdo vivo de aquellas lides académicas, en que alardeaban á porfía el saber, el ingenio y la sutileza dialéctica de maestros y alumnos, en aquellos dorados tiempos, en que estos Estudios Generales llenaban el mundo con su fama. Estudiante rico y principal, como era Cipriano, sin pages y servidores parecería cuerpo sin sombra en aquellos siglos; y para que ni esta pincelada faltase al retrato, pone el poeta en escena al lado de aquel á sus dos servidores Clarin y Moscon, que en puridad no son sinó dos fámulos de los que, como refiere Melchor de la Cerda, sostenian los estudiantes de casas poderosas, haciendo de esta suerte gala de la fortuna y esplendor de sus familias. ¡Cuán gratos son estos recuerdos á los que tenemos, aunque sin merecimiento, la honra de pertenecer á este Claustro, heredero de los timbres ganados por los claros varones de aquella edad!

No menos acreedor es Calderon á la eterna gratitud de la pátria, porque en sus obras no deja de enaltecer la magnanimidad y heroísmo de los españoles, acostumbrados á ser asombro del mundo, ni de celebrar aquella gigantesca monarquía legada por el César Carlos V que, tocando ya á su ocaso, merced al de Olivares y otros Privados, movió todavía al poeta á decir:

Que todos cuantos imperios
Tiene el mundo, son pequeña
Sombra muerta á imitacion
De esta superior grandeza.

La suya sí que se mostró, rayando, si cabe, á mayor altura en los famosos *Autos Sacramentales*, que con particular deleite componia al declinar su vida, ministrando doctas enseñanzas, lo mismo al Rey y á los Príncipes de la Corte, que á los hidalgos de menor estado y gente menuda, que con arrobamiento contemplaban la representacion simbólica de las arcanidades teológicas y del más adorable misterio del Amor Divino. ¡Qué espectáculo tan interesante el de semejantes dramas representados al aire libre en descomunales carros, y ante aquella muchedumbre, que se movería.

Haciendo campos y mares
Las plumas y las libreas,

como dijo Calderon, describiendo los festejos hechos en el juramento del príncipe D. Baltasar!

Pocos ingenios, como se vé, han merecido con más justicia que Calderon, la corona inmarcesible de poeta popular; pero no siempre resplandeció como en sus tiempos la gloria de este ingenio, porque hubo, como se ha dicho por el Sr. Sanchez de Castro, varones doctos nacidos en este suelo español, que le acusaron como á Lope de Vega, de corruptor del Teatro español, aunque reconociendo sus eminentes dotes. Con gloria suya le vindicaron el inolvidable Hartzenbuch, que le declaró príncipe de los poetas españoles, y el ameno Escosura, que escribió una brillante apología del autor de *El Alcalde de Zalamea*, al refutar los cargos que le habian hecho sus censores. No menos aplausos merecen otros muchos escritores españoles que siguieron la senda por aquellos trazada, ni son menos acreedores á la gratitud de todos los españoles los doctos extranjeros que, como Schlegel, Schmidt, Schack, Baumstark, Immermann, Rosenkranz, Lorinsser, Dohm, Heiberg, Lemke, Mac-Carthy, Puibusque, Chasles, Morel-Fatio, Lafond, Latour, Damas Hinard, Magnabal, Putman y otros, han contribuido á tejer la corona de siemprevivas que la crítica moderna ha ceñido á la frente del ilustre poeta, que con vivir en medio de artistas como Espinosa, Cano, Castillo, Pareja, Herrera, Murillo, Velazquez y de gentiles poetas, mereció ser el favorito de Felipe IV, artista ilustrado y regio Mecenas de las artes.

Este fué D. Pedro Calderon de la Barca: aquel que salió de estas aulas para regir, andando el tiempo, la monarquía cómica con que se había levantado el *Monstruo de la naturaleza*, el *Fenix de los ingenios*, el gran Lope de Vega; y el mismo que le aventajó, eclipsando á Tirso, á Alarcon, á Moreto y á Rojas: bajó al sepulcro, siendo modelo de amigos, amparo de menesterosos, dechado de caballeros, sacerdote ejemplar, ídolo del pueblo, ornamento de la corte española, envidia de las extranjerías y príncipe de los poetas de nuestro Parnaso. Su nombre lo pregonan la fama de zona en zona y de siglo en siglo; y nosotros, con amoroso acento, lo repetiremos, exclamando como Doctores de esta Escuela y verdaderos españoles: ¡Llor eterno al inmortal Calderon, á esta Universidad literaria que le llama hijo suyo, y á España, nuestra querida patria!

HE DICHO.

POESÍAS.

AL INMORTAL POETA

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

ROMANCE.

En vano, egregio poeta,
pretendo con ánsia loca
cantar un himno grandioso
digno de tí y de tu gloria.

Soy cual humilde avecilla
que al ver el alba que asoma
por las puertas del Oriente
vestida de armiño y rosa,
al contemplar su belleza
enmudecida se arroba.

No dió el cielo á su garganta
la voz potente y sonora
del ruiseñor que gorjea
entre la enramada umbrosa;
solo la dió un débil pio
como una palabra sola,
y en vano expresar pretende
lo que admira y lo que goza.

Yo tambien cual ella en vano
busco en mi lira las notas,
que á lo que siente mi alma
con su armonía respondan.

¿Quién, al leerlas, no admira
la excelsitud de tus obras,
y tus conceptos sublimes,
tus concepciones grandiosas,
que la mente deleitando
el alma dejan absorta?

Embellecerlas supiste
con las flores más preciosas,
que del Parnaso en la cima
ricas en perfumes brotan;

Así como casta vírgen
su blanca frente corona
con azucenas y mirto
por mostrarse más hermosa.

De tu tiempo y sus costumbres
son tus comedias la cópia;
y Español y caballero
diste á tus héroes por norma,
la fé y el honor que al hombre
enaltecen y acrisolan.

Altas verdades dejaste
esmaltadas en tus obras,
cual zafiros que el artífice
en joya de oro eslabona.

Tú, filósofo cristiano,
alma grande y generosa,
te elevaste en ráudo vuelo,
como alígera paloma,
á las serenas regiones
límpidas y esplendorosas,
dó la virtud y la ciencia
con la poesía moran,
como tres perlas hermanas
en la nacarada concha.

Virtud, ciencia y poesía,
bellas, nobles, seductoras,
desde la cuna al sepulcro
velaron por tí amorosas.

¡Expléndida fué contigo
del Señor la mano pródiga!

«La vida es sueño,» digiste;

mas si en la tuya dichosa,

—á la que una santa muerte

ciñó la postrer corona,—

se medita, ¿quién no exclama!,

siempre que el lábio te nombra.

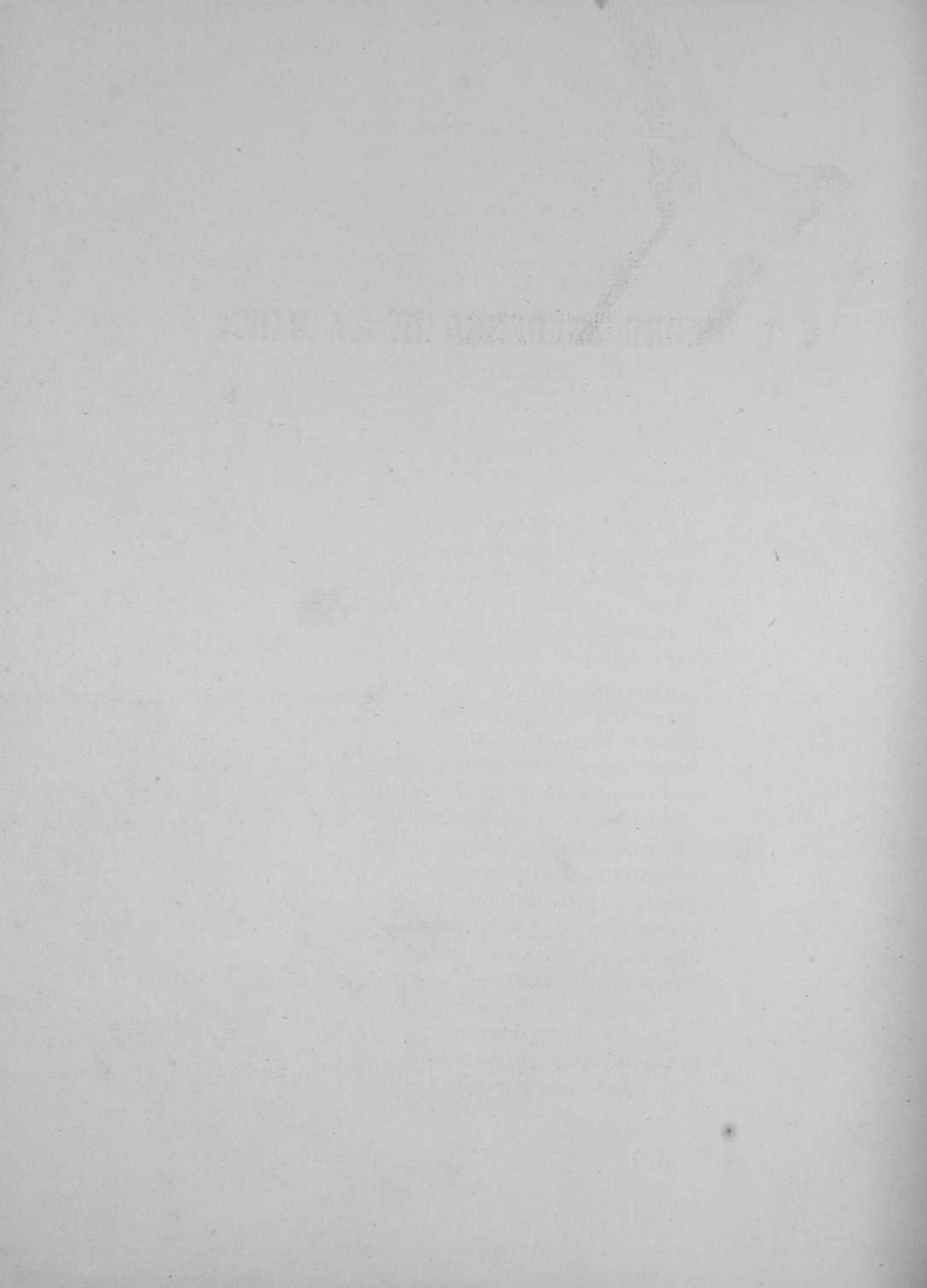
¡Salud, insigne poeta,

de tu pátria orgullo y honra:

si todo en la vida es sueño,

nó; no es un sueño tu gloria!

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.



A D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Digiste, ¡oh gran Calderon!
Por boca de Segismundo,
Que al vivir en este mundo
Todos sueñan lo que son;
Que un sueño todo es vivir,
Que se sueña de mil modos,
Y que han de recordar todos
Que despertar es morir.
Segun eso aquel ingenio,
Con que á todos asombraste,
No ha existido, lo soñaste,
No hubo en tí razon ni genio.
Virtud, ciencia, númen, gloria,
Todo fué soplo de un día,
Sombra de una noche umbría,
Fantasma de falsa historia.
Los que tanto te admiraron
Soñaron, cuando te vieron,
Y soñando te aplaudieron,
Y soñando te lloraron.
Mas si todo un sueño fué,
Si fuiste una sombra vana,

¿Cómo es que ayer, hoy, mañana
La sombra siempre está en pié?
¡ Ah! lograste tal renombre,
Que de tí nadie se olvida;
Y si ha pasado tu vida,
Vive y vivirá tu nombre.
Mas si al vivir has soñado,
Soñaste con tal primor,
Que hubiera sido mejor
Que no hubieras despertado.

SANTIAGO MADRAZO Y VILLAR.

À CALDERON

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.

ODA.

Gloria perpetuum lucens mansura per aevum.

(VIRGILIO).

Hoy la vívida luz de tus anales
Explende, pátria mia,
Y renuevas tus timbres inmortales,
Sin que á poder de la discordia impía
En fratricida lid llores tus males.

Fecundo pensamiento
En suelo heróico surge soberano,
Y un solo sentimiento
Vuela por dicha eléctrico y sublime
De uno al otro confin del pueblo hispano.

Honrar al genio, enaltecer la gloria
De un hijo insigne que en la tumba yace,
A quien ilustres páginas la Historia
Consagra reverente,
Y como el fénix mítico renace,
Y ensalza el orbe todo
De nacion en nacion, de gente en gente;

Tal es la noble liza
 Que abre con digno afán la culta España,
 Y en pacíficas lides eterniza
 La del talento sin igual campaña.
 ¡Honor al grande espiritual poeta,
 Que, muerto há dos centúrias,
 Eterno vive! ¡Honor al que interpreta
 Con mágico pincel de un siglo entero
 Usos, costumbres, fé, sueños, dolores,
 Y tiene en su criterio y su paleta
 Para toda maldad juicio severo,
 Para toda pasión bellos colores!

¿Y no ha de resonar del Tórmes claro
 En la risueña celebrada orilla
 Viril, potente, armónico
 De CALDERON el nombre exclarecido?
 En la egrégia ciudad, prez de Castilla,
 Cual de otros *sábios que en el mundo han sido*,
 Grata memoria brilla,
 Y con nimbo de nítidos destellos
 En sus áulas y claustros y vergeles,
 En los del arte monumentos bellos
 Y en la fronda inmortal de sus laureles.

Por eso aquí la SALMANTINA ESCUELA,
 Su triunfo al celebrar, madre amorosa,
 En sus ojos revela
 El placer inefable que rebosa
 Su noble corazón, y alza la frente,
 De inmarcesibles láuros coronada,
 Cuando la multitud electrizada
 Llena el espacio con clamor ferviente.

Que de sus hijos la legion famosa
 El mundo iluminó desde la cuna
 De su perenne vida majestuosa,
 Gigante del saber como ninguna,
 Astro de la Edad media,
 Flor del Renacimiento,
 Del Cristianismo prez, timbre de Europa,

Y gala de Castilla y ornamento.

Así en solemne día

Del gran QUINTANA hispano capitolio

La venerable senectud veía,

Y bajo el régio sólio,

De inusitada pompa rodeado,

A sus sienes ceñía

La Segunda Isabel áurea corona,

Cuál premio nacional nunca otorgado.

Y aquí, en este recinto

Al divino LEON justos loores,

Con unánime aplauso resonaron

Cuando por fin sus venerandos restos

Digno sepulcro para siempre hallaron.

Entónces, alumbrada

Del espléndido sol, se alzó su imagen

Sobre marmóreo pedestal, que Iberia

Dedicó á su memoria,

Y en férvido alborozo

El apiñado pueblo Salmantino

Felíz prorumpe en vítores de gloria,

Henchido el pecho de entusiasmo y gozo.

Y QUINTANA y LEON, con otros ciento,

Hijos preclaros de la Escuela insigne,

Forman el majestuoso monumento

Cuya fama sin par los aires hiende,

Y la luz del humano pensamiento

De un polo al otro por la tierra estiende.

Linfas del pátrio río,

Cristales de las fuentes bullidoras,

Corred á contemplar del pueblo mio

Estas de dicha inolvidables horas.

De ilustres nombres y memorias llenos,

Dad hoy á CALDERON fragantes flores

Umbrosa *Otéa*, cármenes amenos

Del plácido *Zurquén*: los ruiseñores

Alcen su fama en concertado coro;

Y las áuras de Mayo,

Y el susurro del céfiro en la silva,
 Y las arpas cólias,
 Y las de cuerdas de oro
 Liras de los poetas,
 Y el himno de las vírgenes hermosas
 Al Cielo eleven cántico sonoro.

No has muerto, CALDERON; vives ahora
 En la posteridad eterna vida,
 Ornado con la veste de la aurora
 En dulce beatitud. De tus virtudes
 El premio á recibir del almo Cielo
 Tu espíritu voló, y allí, encendido
 En el amor de Dios, halla consuelo
 Tu corazon magnánimo, dichoso
 Al dejar este mundo fermentido.

Si allí del Sumo Bien la esencia aspiras,
 Quizá postrado enfrente
 Del Arquetipo soberano, admiras
 La absoluta verdad y la belleza,
 Del sentimiento y del honor la fuente,
 El gérmen puro de ideal grandeza,
 De la justicia y la bondad la norma,
 Que manan de su trono refulgente.

Y algo en tu vida presentiste acaso
 De tan sábias verdades,
 Al dominar al español Parnaso
 Para ser el asombro á las edades.
 Príncipe ilustre, de la Escena dueño,
 Cual filósofo exclamas,
 Con estóico fervor: *La vida es sueño.*
 Y desde allí derramas
 Caudal copioso de saber profundo,
 Y entre propios y extraños
 Eres por siempre admiracion del mundo.

Soldado heróico en los preclaros *Tercios*
 De Flandes y Milán y Cataluña,
 Por tu Rey y tu pátria combatías
 Como español bizarro y caballero,
 Y la espada blandías
 Bajo la enhiesta nacional enseña
 Que admiró el orbe entero.
 Y la lira otra vez noble pulsabas,
 Cual vate palatino,
 Y en diez lustros con dramas inmortales
 A la Córte y al pueblo entusiasmabas.
 Y poeta y guerrero y sacerdote,
 La augusta Religion, la sacra ciencia
 Tambien asunto de tus obras fueron,
 Y desde tu feliz adolescencia
 Triple corona que á tu sién ciñeron.
 Y pensador, filósofo cristiano,
 Nadie cual tú del corazon humano
 Consiguió penetrar el hondo abismo,
 Ni la virtud enaltecer, ni al crimen
 Flagelar implacable,
 Ni llevar el honor al heroismo,
 Cuando el poder ó la maldad le oprimen.

Hoy la ibera metrópoli te aclama
 Con entusiastas vítores: ya llena
 Calles y plazas, templos y palacios
 Inmensa muchedumbre, que derrama
 Coronas en tu honor, y el viento agita
 Banderas y pendones,
 Y en triunfales carrozas lleva escrita
 La página que ilustra tus blasones.
 Ora en pompa marcial y acordes himnos,
 O en solemnes certámenes palpita
 Júbilo nacional. Y ora difunde,

Como del almo sol los esplendores
 Al promediar el día,
 Patrióticos clamores,
 Nuncios de paz, de gozo y alegría.

Y en esta hora suprema,
 Cual si de chispa eléctrica tocados,
 Los nobles pechos súbito se encienden
 A la ciencia y al arte consagrados,
 Y en los distantes ámbitos de Hesperia
 Tu nombre lóan y tu fama estienden.

Célebre *Atenas* de mi pátria amada,
 Númen que siempre mi entusiasmo inspira,
 Perdona si hoy en tan feliz jornada
 Su canto eleva mi discorde lira.
 Duerme de un sáuce fúnebre colgada,
 Y en el ocaso del vivir se mira;
 Si el eco muere al recordar tu historia,
 Vive de CALDERON la excelsa gloria.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ.

Salamanca.—Mayo de 1881.

CALDERON Y EL SIGLO XIX.

Y si quereis que el Universo os crea
Dignos del láuro á que ceñís la frente
Que vuestro canto, enérgico y valiente,
Digno tambien del Universo sea.

(QUINTANA).

¡Cuán hermoso espectáculo! ¡qué gloria
Logra España este día!
¡No son más grandes, en su clara historia,
Los días de Lepanto ni Pavía!
¡Cómo los tiempos cambian! ¡cómo mudan
Del hombre los inciertos ideales!
¡Cuál los hechos se enlazan y se anudan,
Del Progreso perennes pedestales!.....
Antes los grandes hombres, que ilustraban
Con sus obras la edad en que nacieron,
Por el mundo cruzaban,
Y rara vez lograban
El láuro disfrutar que merecieron.
A veces perseguidos,
Despreciados á veces,
Los grandes hombres de antes
Del pesar más amargo y más profundo
Apuraron la copa hasta las heces...
¡Hable por mí Cervantes,
Hable Colon, revelador de un mundo!
Y aún habrá quienes tilden ¡loco empeño!
Al siglo en que vivimos de egoista,

Y ahuecando la voz, con torvo ceño
 ¡Oh ceguedad impía y manifiesta!
 Llamaránle además materialista...
 ¡Calumnia vil, á que mentís solemne
 España hoy da con su grandiosa fiesta!
 Este siglo en que el hombre, libre al cabo,
 De todo duda y lo discute todo,
 Que rompe las cadenas del esclavo
 Generoso sacándole del lodo;
 Que salta abismos y perfora montes,
 Más rápido que el ave voladora,
 Corriendo tras ignotos horizontes,
 Llevado por la audaz locomotora;
 Que arranca el rayo á la encendida nube,
 Y dueño de él, sujétalo á un alambre,
 Que ora en el aire sube,
 Ora se hunde del mar en las entrañas,
 Y oblígale á llevar su pensamiento
 Más rápido que el viento
 A través de los mares y montañas;
 Este siglo en que el hombre, de las leyes
 Al amparo eficaz, seguro vive,
 Que de vasallo el título proscribe
 De igual á igual pactando con sus Reyes;
 Que el signo geroglífico del Nilo
 Y la asiria escritura enmarañada
 Aprende á descifrar, por frágil hilo
 Sólo en su empeño su afición guiada;
 Que descubre las leyes de la historia,
 Que el parentesco de las lenguas fija,
 Que sin fin acaudala su memoria,
 Que á cada paso nueva ciencia abarca,
 Que, tras labor prolija,
 Del designio de Dios digno profeta,
 Atrevido, del cielo el punto marca
 En que ha de aparecer nuevo planeta;
 Este siglo de lucha y de reformas
 Y de mil peregrinas invenciones,

Que rompe moldes y quebranta formas,
 Suscitando doquier revoluciones;
 Que á la razon proclama soberana,
 Que tronos y creencias echa abajo,
 Que si atiende al ayer, mira al mañana,
 Que se rie de añejos pergaminos
 Sólo erigiendo templos al trabajo,
 Que, para no extraviarse,
 Huye ciertos caminos
 Por donde sólo á ciegas puede andarse,
 Prefiriendo seguirlos que la ciencia
 Le muestra cariñosa
 Y los que vé á la luz esplendorosa
 Que Dios le dió y se llama la conciencia;
 Este siglo de globos y de trenes,
 Máquinas y progresos industriales,
 Fábricas, Parlamentos y almacenes,
 El siglo de las ciencias naturales,
 El siglo de la hulla y de la prensa
 Añade hoy otra página á su historia
 Y á la corona de su gloria inmensa,
 Digno homenaje tributando al genio,
 Nuevo florón engarza de su gloria.
 ¿Y á quién, á quién su gratitud consagra
 Un siglo en grandes hombres tan fecundo?
 ¿Qué colosal figura ó qué portento,
 Qué peregrino invento
 Ha producido nuevamente el mundo?
 ¿Quién de entusiasmo nuestros pechos hincha,
 En nuestras almas vívido le enciende,
 A nuestras liras férvido le arranca
 Y por doquiera rápido le extiende
 Mereciendo doquier honras tan grandes?
 Un poeta, estudiante en Salamanca,
 Leal soldado en Flandes,
 Guerrero en Cataluña valeroso,
 Si en armas bravo, en letras sin segundo,
 Católico ferviente,

Sacerdote virtuoso,
 Un hijo de otra edad y de otro mundo
 Antítesis completa del presente.
 Genio fecundo, en cuyas bellas alas
 No para ser por su poder temido,
 No para ser por su ambición odiado,
 De España el nombre por el orbe vuela
 Para ser, por sus hijos, bendecido,
 Para ser, por sus obras, envidiado;
 Sin par gigante, cuya inmensa gloria
 El mundo á contener es muy pequeño
 Contando en su áurea historia,
 Del teatro coloso
 Que sus géneros todos señorea,
 Páginas tales cual *La vida es sueño*,
La dama duende, *El Mago prodigioso*,
Y El Alcalde, inmortal, *de Zalamea*;
 Pintor audaz, de incomparable aliento,
 En color y expresión nunca igualado,
 La viva encarnación del sentimiento
 Que de su siglo y patria fué la esencia
 Con magistrales toques retratado;
 Dramaturgo español por excelencia,
 De ardiente y acendrado monarquismo
 Cristiano hasta rayar en fanatismo,
 Defensor del honor apasionado,
 El autor de los *Autos* y *El Tetrarca*,
 Alma llena de mística armonía,
 CALDERON DE LA BARCA,
 El cantor de la fé y la monarquía.

.....
 Dichoso siglo el que á los genios honra
 Y acatando las leyes del Progreso
 Al formar de otros siglos el proceso
 No hace de su ideal una deshonra.

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca, 1881

¡ GLORIA A CALDERON !

ODA.

Gaudeamus et exultemus et demus gloriam ei.

(APOC.—XIX.—7.)

Pulsad ¡oh, vates! la sonora lira,
En cuyo seno de oro refulgente
Se aduerme dulcemente,
Como perla en el fondo de los mares,
La Musa que os inspira
Endechas y baladas y cantares.
Que rompa vuestro armónico salterio
En cánticos de gloria,
Y, rasgando las nieblas del misterio
Con la luz esplendente de la Historia,
Tremolad el laurel de la victoria
Volando vuestra rica fantasía
Por el florido imperio
De la vírgen y dulce Poesía.

¡Cantad, poetas, cantad! En almo coro
Suene un himno sonoro,
Como el que entona el celestial querube.
Que se extienda del valle al alto monte,
Del risco abrupto hasta la selva umbrosa

Y desde el lago diáfano á la nube
 Que guarnece el confin del horizonte,
 Y que, flotante y ténue y vaporosa,
 Como del ara sacrosanta el humo,
 En espirales sube
 Hasta el trono de Dios potente y sumo.

Yo tambien cantaré: que si la llama
 De mi númen exháusto, don del cielo,
 En el mar se apagó de acerbo duelo,
 Hoy otra vez se inflama
 Despertando en el pecho ardiente anhelo
 Y, como el rayo que en la diestra vibra
 Del olímpico Júpiter, conmueve
 Mi pobre corazon fibra por fibra.
 ¡Ay!... ¿Cómo no cantar si un beso leve
 La Musa en mi alma imprime?...
 Cantemos', sí, con cítara sublime
 Saturando los aires de armonía;
 Pues hoy la pátria mía
 En júbilo convierte sus dolores
 Y su amargo pesar en alegría,
 Y es más dulce el aroma de las flores,
 Más tiernas las endechas de las aves,
 Más alegre el verdor de los alcores,
 Más bellos los matices de la rosa
 Y más blandos y suaves
 Los suspiros del áura vagarosa.

¡Cantad, poetas, cantad! Y las canciones
 Del estro que os inflama, asaz fecundo,
 Resonarán en todas las naciones
 Del universo mundo.
 Mas no cantéis indómitas pasiones
 Que al enroscarse, cual reptil inundo
 Al roble añoso, en el humano pecho,
 Desatan los furiosos aquilones
 De la horrible locura y del despecho.

No canteis el profundo
 Goce que os brinda la soberbia insana,
 Que, como inquieta mariposa, gira
 A vuestro alrededor con pompa vana;
 Porque en la vida humana,
 Aunque todo es verdad, todo es mentira.
 No canteis en la lira
 La adulacion servil y torpe y nécia
 (Amiga inseparable
 De quien de sábio, sin saber, se precia,
 Cuando nó de la envidia miserable),
 Que, cual borrasca récia
 Retumbando con hórrido rüido,
 El rumbo tuerce de la nao gallarda
 Donde, como la tórtola en el nido,
 El Hijo de las musas se resguarda.
 No canteis con laud dulce y sonoro
 La ambicionada brillantez del oro,
 Ni la bella ilusion, ni la esperanza
 Que, cual rico tesoro,
 Alientan ¡ay! en los primeros años,
 Pues cuando el hombre hácia el sepulcro avanza
 La realidad las trueca en desengaños.
 ¡Ah!... ¡Cuántas, cuántas veces
 En el revuelto mar de la amargura
 El mortal infeliz de un sorbo apura
 El cáliz del dolor hasta las heces!...
 Y ¿cómo nó, si en la insensata tierra
 Domina el vicio infando con el crimen,
 Y en vaso de oro el légamo se encierra,
 Y ósculos de traicion doquier se imprimen,
 Y están los hombres con su Dios en guerra,
 Y goza la maldad de privilegio,
 Y el astro santo de la paz se oculta,
 Y ¡horrible sacrilegio!
 A la virtud sagrada se la insulta?...

Pero en esa sentina,
 Donde el mortal se enloda y envilece,
 Alegre resplandece
 Como el sol en la esfera cristalina,
 Lo que jamás se eclipsa ni oscurece,
 Ni al rudo golpe del Titan sucumbe,
 Ni la parca arrebatada
 Para trocarlo en deleznable escoria,
 Aunque la ronca tempestad retumbe
 De la envidia insensata,
 O el huracan de las pasiones zumbe
 Con horrendo estridor. Tal es la gloria
 Que, salvando los límites del mundo
 Con su esplendor fecundo,
 Traza en los cielos su sagrado lema;
 Y ni cabe del hombre en la memoria,
 Ni en el libro grandioso de la Historia,
 Ni en los versos sublimes del poema.

Ella ciñe magnífica diadema
 A Píndaro y á Homero y á Virgilio,
 Y sus celestes rayos de luz pura
 Endulzan la amargura
 Que Ovídio sufre en angustioso exilio.
 Y cual astro brillante
 Rasgando las tinieblas rutilante,
 El derrotero del poeta alumbra:
 En pos de su fulgor, que le deslumbra,
 Al abismo infernal descende Dante,
 Y desde aquella tétrica penumbra
 Sube de Dios hasta el augusto sόlio.
 Ella en el Capitolio
 Resplandece con brillo soberano
 En la sien de Petrarca,
 Y porque eterno su recuerdo brote
 Inmortaliza en el Parnaso hispano
 Al dramaturgo, al sάbio, al sacerdote
Calderon de la Barca.

¡Calderon de la Barca!... ¿Quién la gloria
 Le puede disputar?... ¿Quién su memoria
 No venera en los ámbitos del mundo?...
 ¡Gloria al vate español!... Gloria al fecundo,
 Ilustre y docto ingenio,
 Que, pulsando la cítara de Esquilo,
 Dió en su espíritu asilo
 A las llamas purísimas del genio.
 Aún vibra en el proscenio
 El dulce son de su armoniosa lira,
 Cantando tierna el amoroso arrullo
 Con que el pintado ruiseñor suspira,
 Al compás del murmullo
 Del arroyo, que en perlas se desata
 Y en irisadas ondas,
 Arrastrándose ráudo entre las frondas
 Como sierpe de espumas y de plata.

¡Honra y prez al poeta,
 Que arranca la careta
 Con que se encubre el pérfido egoísmo!
 Él descendió al abismo
 Del corazon humano,
 (Impenetrable arcano
 En nuestro ser oculto por Dios mismo)
 Sorprendiendo de impuro amor liviano
 El febril paroxismo;
 Mostrando con acento sobrehumano
 Que del mundo los mágicos placeres,
 Y el falso honor, que el mundo diviniza,
 Y el poder, que, cual todos los poderes,
 Al humilde esclaviza,
 Únicamente son polvo y ceniza.

¡Gloria al poeta inspirado,
 Que en la española escena
 Contra la vil perfidia del malvado,
 Con iracunda voz, potente, trueno,

Cual la nube convulsa del nublado
 Retumbando en la atmósfera serena.
 Aún estridente suena
 La maldicion que á los perversos lanza,
 Oponiendo al secreto del agravio,
 De la recta justicia en la balanza
 Y en el crisol del sábio,
 El secreto tambien de la venganza.

¿Pero cómo mi lábio
 Podrá narrar los triunfos del poeta,
 A quien España delirante aclama,
 Si pregoná sus láuros la trompeta
 Sublime de la Fama?...
 ¡Ah! Si el helado soplo de la muerte,
 Que al todo en nada sin piedad convierte,
 Ha extinguido la llama
 De su vida fugaz y transitoria,
 Aun nos quedan sus dramas colosales,
 Sus comedias, sus autos inmortales
 Y la palma feliz de su victoria
 Con la fúlgida estela de su gloria.

Mas no es la gloria del soberbio Breno,
 Que, encendida de rábia la pupila,
 ¡*Vae victis!* clama de iracundia lleno;
 Ni la del rudo Atila,
 Que, al frente de sus bárbaras legiones
 Y bravos escuadrones,
 Llega á las puertas de la antigua Roma
 Y hace temblar sus pardos murallones,
 Cual tiembla la paloma
 Ante el vuelo feroz de los halcones.
 No es la gloria de déspotas tiranos
 Que apagan del pensar la pura llama,
 Haciendo con cadáveres humanos
 El pedestal de su maldita fama:
 No es la de los infames soberanos,

Emperadores, césares y reyes,
 Que, cediendo al impulso de su instinto,
 Profanan de las leyes
 El augusto recinto;
 Ni la de Cárlos Quinto
 Que el santo fuero de la pátria mia
 Con torpe lengua insulta
 Y, estallando su cólera bravía,
 De Villalar en el nefasto día
 La castellana libertad sepulta.
 No es la gloria del corso Bonaparte,
 Que derribando tronos y doseles
 Con la espada de Marte,
 Enguinaldó su escudo de laureles;
 Hasta que en un alarde de arrogancia
 Del Pirene saltó la enhiesta cumbre
 Al pueblo ibero declarando guerra;
 Mas despiertan los héroes de Numancia
 Y toda la española muchedumbre
 Contra el coloso cierra
 Venciéndole en el llano y en la sierra:
 Mostrando al mundo en tan tenaz combate
 Que la pátria del Cid y de Padilla
 Ni cede, ni se rinde, ni se abate,
 Ni á extraño yugo la cerviz humilla,
 Ni dobla la rodilla
 Del despotismo ante el furioso embate.

Nó: la gloria del vate
 A quien consagro mi modesto canto,
 No deja en pos de sí luto y quebranto,
 Sinó que su magnífica aureola
 Es pura y refulgente,
 Como la espuma de encrespada ola
 Que el rosicler del alba tornasola
 En la arena, al hundir su blanca frente,
 Por eso los susurros de la fuente
 Que se destrenza entre fragantes nardos,

Y el áura matinal cuando suspira,
 Y los errantes bardos,
 Y los poetas de sonora lira,
 Y el argentado rayo de la luna,
 Y el trino de los pardos ruiseñores,
 Y el murmurante arroyo, que en las flores
 Encuentra dulce lecho y blanda cuna,
 Entonan hoy loores
 Al vate madrileño,
 Que en versos saturados de armonía
 Sobre la escena de la pátria mía
 Mostró á los hombres que la vida es sueño.
 Por eso en este día
 En la bóveda azul de los espacios
 El sol resplandeciente centellea
 Como broche de púrpura y topacios,
 Y escúchase el acento
 Del címbalo, que rápido voltea
 En ermita, en iglesia y en convento,
 Mientras que, izado al viento,
 El hispano pendon brilla y ondéa
 Como las rubias hojas de la palma
 Que el céfiro cimbréa,
 Y el mar se aduerme en calma,
 Y la brisa sutil el bosque oréa,
 Y hasta brotan más claros en el alma
 Los fúlgidos destellos de la idea.

¡Gloria al gran Calderon! El mundo entero
 Hoy su fama pregona,
 Y lo mismo el magnate que el pechero,
 Sobre la frente de su estatua altiva
 Depositán magnífica corona
 De rosas y laurel y siempreviva.
 ¡Cantad, poetas, cantad! En almo coro
 Suene un himno sonoro,
 Como el que entona el celestial querube,
 Cuyos ecos se pierdan en el templo,

Del humo del incienso con la nube.
Seguid de Calderon el noble ejemplo,
Condenando los vicios y pasiones
Que, cual tormenta oscura,
Rugen en los humanos corazones;
Ensalzad la verdad sublime y pura
En baladas, en trovas, en canciones;
Y antes que rendir culto á la mentira,
En pedazos romped la ebúrnea lira.

JOSÉ LOPEZ ALONSO.

A LA MEMORIA
DE
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA
EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.

Ya España palidecía
en uno y otro emisferio;
ya sobre el sol de su imperio
vasta sombra se extendía.
Mal ella lo conocía;
pues ahogando sus dolores
entre gozosos clamores,
lanzábase al fin cercano,
cual vacante, tirso en mano,
y coronada de flores.

Mientras en locos intentos
su noble sangre derrama,
por brazos la tierra clama,
sólo fértil en conventos.

Así sus hijos hambrientos
fueron despues (mansas greyes
uncidas á duras leyes
por los hados enemigos)
una España de mendigos,
mas con nostalgia de reyes.

No era ya, no, aquel atleta,
aquel titan de la historia
que juzgó para su gloria
estrecho nuestro planeta.
Si vagando en ánsia inquieta
Por él sueltos sus leones
sojuzgaron las naciones,
serenas ya la miraban
y ojo avizor esperaban
sus últimas convulsiones.

De Dios creyólo en servicio,
y, con su nombre en la boca,
á presenciar iba loca
las fiestas del Santo Oficio.
Costumbre de este ejercicio
fué haciendo tan repetida,
que hasta la hoguera homicida
brillando en el quemadero,
con deleite verdadero
la seduce y la convida.

Viciada la sangre vieja,
sin aliento vigoroso,
de su corona el coloso
caer ricas joyas deja.
La fortuna de él se aleja,
veleidosa cortesana;
huérfano de ella, mañana
será de poder tan vario
lo que fué de algun rosario:
roto el hilo se desgrana.

De tan hondo mal, espejo
tiempos atrás, no confuso,
ante los ojos le puso
Cristóbal de Castillejo.
Sorda mostróse al consejo
del poeta flagelante,
que, sin temor que le espante,
la castiga con el brío
que á Italia el pincel sombrío
y patético del Dante.

Tampoco despues la amaga
Quevedo: con risa triste,
disfraz que su duelo viste,
descubre la inmensa llaga.
Pensando que así se apaga
su voz generosa y buena,
á cárcel se le condena;
fué en ella el leon hundido,

pero su noble rugido
—terrible sátira— aun suena.

Viuda la altiva matrona
de su poder sin segundo,
para reinar en el mundo
otro mayor ambiciona.
Pronto la fama pregon
desarrugándole el ceño,
que no es sueño tal empeño
Calderon pone en su mano
otro cetro soberano
al darle *La vida es sueño*.

Calderon anuda el hilo
del gran arte, ya remoto,
que nadie encontraba, y roto
desde los tiempos de Esquilo.
Dió al arte en su pecho asilo,
culto rindióle, y presiente
—nuevo Colon— con fé ardiente
aun si durmiendo reposa,
la aparicion luminosa
de un perdido continente.

Él lo descubre, y osado,
como al génio corresponde,
levanta el velo que esconde
el enigma, lo ignorado.

En aquel mundo olvidado
del poeta en largas edades,
mar de sordas tempestades,
oscuro, sin transparencia,
él de la humana conciencia
sondó las profundidades.

Segismundo no es un mito:
es el hombre, real, interno,
es mas, es el hombre eterno
con su anhelar infinito.
No es el mísero proscrito,
que, sin fé y sin esperanza,
profundos quejidos lanza;
es el Prometeo fuerte,
árbitro ya de la suerte
felíz ó adversa que alcanza.

Es libre! mas ¡ay! hollando
la ley moral que le enfrena,
los hierros de su cadena
él mismo va fabricando.
Despierto el hombre ó soñando,
venturoso ó miserable,
contra Dios pleito no entable;
pues siendo libre, imagino
que de su propio destino
él sólo es el responsable.

Al lado de esta sublime
 concepcion, viva pintura,
 de la humanidad figura,
 que rebelde sufre y gime,
 ó por el bien se redime:
 ¡qué verdad en la hidalguía,
 el honor, la bizarría,
 la fé, que montañas mueve,
 de una raza que (¡ay!) en breve
 su grandeza perdería!

El genio español entero
 vive en tres nombres gigantes;
 tres maravillas: CERVANTES;
 CALDERON; EL ROMANCERO.
 Cada cual, con ámplio fuero,
 el arte revoluciona;
 y aunque el tiempo no perdona
 lo que obra fué de los hombres,
 la eternidad de estos nombres
 consagra, afirma y sanciona.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

10 Febrero de 1881.

¡HONRA Y GLORIA A CALDERON!

SONETO.

Poeta del honor acrisolado,
viviste cual cristiano caballero.
Por tu Rey esgrimiste el limpio acero,
fuiste de sacerdotes un dechado.

Poeta á quien Talia ha proclamado
de los grandes poetas el primero;
hoy celebra tu gloria el mundo entero
y del Teatro, Rey, te ha coronado.

Yo, que soldado soy, cual tú lo has sido:
yó, que poeta humilde, canté un día
las glorias de mi pátria en la Oceanía,
la fé y la religion en que he nacido;
juzgo mi plectro indigno de tu gloria,
que en letras de oro grabará la historia.

ANTONIO G. DEL CANTO.

HIMNO

À

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.

I.

Cuando himnos á tu gloria
gozoso eleva el mundo,
la voz de Salamanca
no puede, nó, faltar.

Desde ella, noble Escuela
de tu naciente númen,
subiste á la alta cima
del arte nacional.

CORO.

*Honra á tus hijos
pueblo español:
¡himnos y flores
á Calderón!*

II.

En tí, como en espejo
clarísimo, aparece
la imágen fiel visible
del pueblo que te amó.

Y el alma sorprendida
por tí, que la sondaste,
la clave de profundos
enigmas te entregó.

CORO.

—

Honra á tus hijos, etc.

III.

Rival de tu grandeza
jamás se vió en los tiempos
desde el gigante Esquilo
hasta llegar á tí.

Tú de la escena pátria
el áureo cetro empuñas;
expléndido sol eres
que nunca tendrá fin.

CORO.

—

*Honra á tus hijos
pueblo español:
¡himnos y flores
á Calderon!*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

NOTA. La música de este *Himno* ha sido compuesta por el maestro salmantino D. TOMÁS BRETON

A CALDERON.

Rindamos honor
al poeta que admira la tierra,
al genio sublime del gran Calderon.

(V. DE LA VEGA).

Rompa el acorde laud
en celeste melodía
para cantar este día
el talento y la virtud.

De un genio la excelsitud,
que es del mundo admiracion,
recibe su galardón,
pues por doquiera la fama
cantor sublime proclama
al insigne CALDERON.

Vates, inclinad la frente
ante el colosal ingenio
que ilustró nuestro proscenio
con su núnmen prepotente.

De su inspiracion la fuente
fué de la pátria el amor:
rindamos en su loór
tributo ardiente, entusiasta,

ya que á nuestra gloria basta
de su nombre el esplendor.

Tus versos, siempre inspirados,
movieron los corazones
á generosas acciones
y á empeños nobles y honrados.

Y si fueron celebrados
en tiempos que ya no son,
hoy les rinde su ovacion
absorto el mundo moderno,
dando así renombre eterno
á la ibérica nacion.

La prudencia, la constancia,
la lealtad y la hidalguía
en tu egrégia poesía
siempre hallaron resonancia.

Con noble perseverancia
combatiste por el bien;
Y en tí tan firme sostén
encontró la pátria escena,
que su gloria el mundo llena
y orna de láuros tu sien.

Ante tu tumba asombrado
el pueblo ibero se inclina,
pues tu inspiracion divina
su memoria ha eternizado.

Tu nombre purificado
de los tiempos al crisol,
resplandece como el sol;
y por él en este día
no hay pecho que no se engría
de haber nacido español!

De las empíreas regiones
tu triunfo gigante mira,
que hoy al poder de tu lira
se congregan las naciones.

Tus sublimes creaciones
pasma son de nuestra edad;
y si honrando la verdad
—*La vida es sueño*—dijiste,
tú, muriendo, conseguiste
gloriosa inmortalidad!

Siempre España en su hidalguía
erigió al honor un templo,
y al orbe entero dió ejemplo
de nobleza y valentía.

Y si á inspirar llegó un día
lástima ó desden profundo
al ver con odio infecundo
sus propios hijos en lidia,
¡hoy ya nos tendrán envidia
todos los pueblos del mundo!!

JESÚS CENCILLO BRIONES.

ÍNDICE.

	<i>Páginas.</i>
DISCURSO de D. Francisco Sanchez de Castro.	3
DISCURSO de D. Gerardo Vazquez de Parga.	57
AL INMORTAL POETA D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.— <i>Romance</i> , por D. ^a Josefa Estevez de G. del Canto.	77
A D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.— <i>Poesía</i> , por D. Santiago Madrado y Villar.	81
A CALDERON EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.— <i>Oda</i> , por D. Domingo Doncel y Ordaz.	83
CALDERON Y EL SIGLO XIX.— <i>Oda</i> , por D. Fernando Araujo.	89
A CALDERON, por D. Manuel Villar y Macías.	93
¡GLORIA Á CALDERON!— <i>Oda</i> , por D. José Lopez Alonso.	97
A LA MEMORIA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	107
¡HONRA Y GLORIA Á CALDERON!— <i>Soneto</i> , por D. Antonio G. del Canto.	113
HIMNO Á DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	115

FÉ DE ERRATAS (1).

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
9	28	Taris	Taxis
9	1. ^a de la nota	Heraclto	Heraclio
10	3. ^a de la nota	Alemania	Italia
14	26	deben ser	deben de ser
14	34	califican costumbre	califican de costumbre
17	8	Boscau	Boscan
21	29	hiperbólico; y afectadísimos los poetas	hiperbólico y afectadísimo; y los poetas
21	37	John y Lily	John Lily
24	36	importunidad	inoportunidad
25	7	inperfecto	imperfecto
28	22	Entra realmente Ana Bolena	Se presenta la sombra de Ana Bolena
32	11 y 12	Metafrasto	Metaphrastes
33	32	pode	poder
33	33	Hecho el pacto: Cipriano dice	Hecho el pacto, Cipriano dice
34	29	No hay sugeto que no imprima	No hay sugeto en que no imprima.
34	31	Pues viene mas	Pues vive mas
36	5 y 6	Selio	Lelio
36	5	y Cipriano?	y Cipriano
37	31 y 32	misericordias de Dios diciéndole	Misericordias de Dios y diciéndole
38	36	de la cual	delcual
41	27	crímenes sin sancion	Crímenes sin castigo

(1) La premura del tiempo y el retraso con que se han recibido los originales han impedido purgar con segundas pruebas este trabajo, de las erratas que contiene; por esto quedan al final salvadas con esta fé de erratas.

(Nota del Editor).

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
44	17	Jalerina	Falerina
45	22	expuesta á ser encadenada	expuesta encadenada
46	1. ^a	La Burra	La Cura
47	13	perderles	perderlos
48	10	Aquí está mi tronco	Aquí está un tronco
49	17	Salgan	Salga
50	16	foco	foso
54	21, 22, 23, 24	La ofrece para no darla, Que si hubieras de gozarla, Quizá no se la ofreciera; Que es un rencor de manera,	La ofreci para no darla Pues si hubieras de gozarla Quizá no te la ofreciera Que es mi rencor de manera
59	15	alvedrío	albedrío
59	18	fiestas	justas
60	30	ataugia	ataujía
60	36	Nasceritas	Naseritas
61	6	lo	la
61	9	Schelégel	Schlégel
63	3	sin	sú
63	4	poder	interés
63	5	Rizenkanz	Rosenkranz
63	7	cuando	cuanto
63	17	quarere	quaerere
63	19	este	est
63	19	risus	visus
63	31	Ghilarte	Philarete
64	6	temiendo	teniendo
64	10	de	en
64	31	su vulgar	el vulgar
65	15	frágil naturaleza	flaca naturaleza
65	21	Selio	Lelio
65	31	Fraculein	Fraeulein
66	6	cuestas	crestas
66	12	fantasiado	fantaseado
66	31	de ingenio	del ingenio
66	35	y lo mismos	y lo mismo
67	17	Iglesia	iglesia
67	21	empeñar	empañar
67	34	Marlorre	Marlowe
68	32	Kette	Rette
69	1	si no	sino
69	28	encincelada	en cincelada
70	26	quedando	que dando
70	36	amor	amar
72	12	para	como
74	4	Teatro español	nuestro Teatro

DISCURSOS
Y POESÍAS
EN HONOR
CALDERÓN
LA BARCA

91.971